

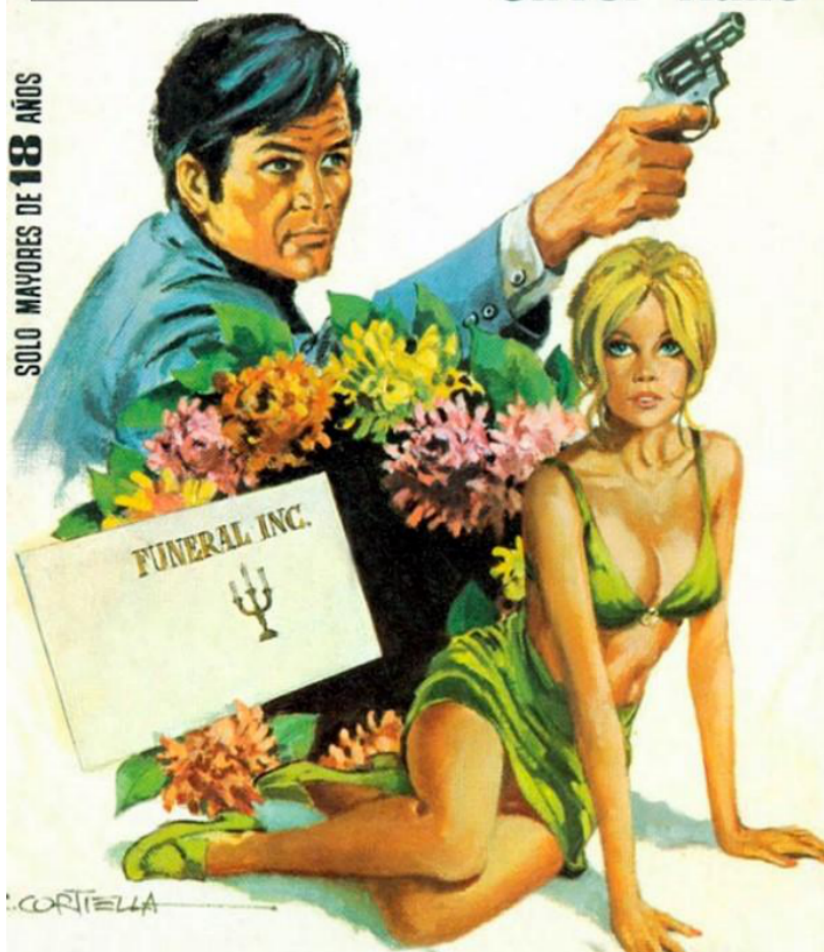


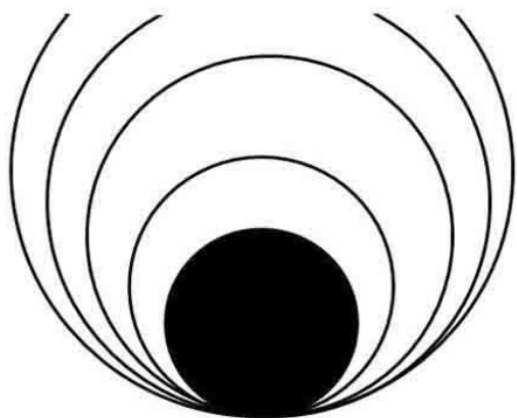
**PUNTO
ROJO**

EL CLUB DE LAS MUJERES MUERTAS

Silver Kane

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





PUNTO ROJO



SILVER KANE

EL CLUB DE LAS MUJERES MUERTAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 902
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 22.019 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1979

© Silver Kane - 1979

texto

© Rafael Cortiella - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. — El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.508. — Un abrigo de piel de hembra.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. — Infierno: capital. Dodge City.

En Colección KANSAS:

665. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

900. — Las tías son mi negocio.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

501. — Fugitivo Duncan.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

76. — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección BRAVO OESTE:

968. — El último tren de Murder City.

En Colección La HUELLA:

80. — Manchas de sangre en los ojos.

CAPÍTULO PRIMERO

Leches, mala suerte.

Me habían enviado a buscar a Margit.

Mientras introducía una moneda grasienta en la ranura del tocadiscos de Joe Grey, hice una serie de importantes cosas: tomé de la estantería un bocadillo tan podrido que yo creo que ya despedía hasta radioactividad, le aticé un mordisco, me acordé de la madre del dueño del bar, me bebí media cerveza de mi vecino aprovechando que no se daba cuenta, le toqué el trasero a la hija de Joe y metí mano a las tetas de su mujer intentando levantárselas, a ver si mejoraba de aspecto. Todo salió bien excepto el intento de levantarle las tetas a mamá Grey, porque las tenía tan grandes y hechas polvo que hubiera necesitado una carretilla elevadora.

El tocadiscos automático empezó a sonar con una canción de los años 60 cuando yo estaba por la mitad del bocadillo y empezaba a sentir los primeros síntomas del envenenamiento y de la muerte lenta que me aguardaba. Mientras tanto mi vecino quiso acabarse la cerveza y se le cayó la dentadura dentro. El cabrón empezó a lanzar gritos, para no pagar, diciendo que aquella dentadura estaba dentro de la botella y que presentaría una reclamación al FBI. La mujer del dueño le dio un golpe de teta y lo ahogó. Mientras tanto Jennifer, la dulce hija, limpiaba los vasos con el borde de la camisa de dormir. Yo eché un vistazo a la puerta y traté de calcular cuántas probabilidades me quedaban de salir sin pagar, puesto que no había cobrado mi sueldo todavía. Pero desistí al ver que Lou, el negrazo, el querido de la mujer del dueño, me había echado el ojo encima y por lo tanto vigilaba la puerta.

Como habrán adivinado todos los que tengan ocasión de leer estas extrañas líneas con las que principia mi extraña aventura, yo soy un tipo que merece la mar de crédito y el bar de Joe Grey es uno de los mejores de la ciudad. Por si alguien quiere visitarlo, está

a la derecha de Queens Bulevar, en un callejón donde un par de hermosas mujeres famosas por su virtud le hacen a uno cosas por diez dólares, y encima admiten el pago a plazos. La gente normal no sabe muy bien dónde está el bar de Joe Grey, pero cualquier policía puede informar. Las dos virtuosas damas que trabajan en la calle entran de vez en cuando y gritan:

—¡Si será guarro el tío! ¡Anda, dame cualquier cosa para aclararme la boca y cárgarselo a Juanita!

Cuando entra Juanita, dice que se lo carguen a Nelly.

Pues bien, en ese sitio tan honesto había sonado el teléfono poco antes. El jefe sabía que me encontraría allí. Me dijo que su importante agencia de investigación, de la que yo soy algo así como agente ejecutivo, había recibido un encargo de gran importancia y bien pagado: buscar a Margit, una chica desaparecida.

Yo conozco bien a Margit.

Es una gran mujer.

Honrada.

Piadosa.

Me la he tirado en todos los taxis de la ciudad.

Pero que nadie piense mal por eso. Margit no es una cualquiera, no cede sus favores a todo el mundo. De gente que se la tira habitualmente en los taxis sólo hay quince o veinte más, que yo sepa.

El jefe no estaba enterado de que yo la conocía, y por lo tanto, ignoraba que para mí era un trabajo fácil. Si llega a estar enterado, desde luego, se lo encarga a otro. Le expliqué que iba a ponerme manos a la obra enseguida, le pregunté qué cantidad estaba presupuestada para gastos y me contestó que dependía, pero que el cliente era bueno. Y que se cubrirían todos los extras si tenía que salir de la ciudad. Dicho esto, quiso saber si ya me había enterado del nombre de mi padre y colgó.

Gran tipo, mi jefe.

Tiene la mejor agencia de investigación del Bronx. Especialidad: personas desaparecidas. Clientela preferida: los matones más baratos del Sindicato del Crimen. Cuando los matones tienen un «contrato» y no saben bien dónde está la víctima, encargan a mi jefe que la busque y luego la pelan. Pero en el caso de Margit no creo que la buscaran para eso, sino más bien para terminar un polvo que

habría quedado interrumpido a causa de las sirenas de la policía.

Acabé el bocadillo.

Dominando el vértigo, avancé hacia la caja.

Me rasqué el bolsillo.

El querido de la dueña dijo: *Okay*. Luego, para demostrar que sabía varios idiomas, dijo en francés: «Merde».

Me dejó pasar.

Atravesé la calle.

Al otro lado de la calle está la casa de empeños donde tienen embargado mi coche.

Tuve suerte.

Estaba Chris, la hermana del dueño.

Chris es ninfómana. Se pasa el día preguntándote si tienes aquello más largo o más corto que la barra de dirección de un «Ford Mustang». Luego lo quiere comprobar. Pero es buena chica Chris. Se sabe hacer cargo de las razones de uno.

Le tuve que hacer dos trabajos especiales que temblaban hasta las cristaleras. Luego accedió a devolverme el coche.

Fui al hotel Ruban.

Allí suele vivir Margit cuando para en la ciudad. Es un sitio discreto y fino donde llamas a la puerta y la puerta se abre. Pero en esta ocasión el dueño dijo desde el otro lado de la hoja de madera:

—Espere, que ya termino.

Esperé.

El tío fue rápido.

Minuto y medio.

Cuando abrió, la mujer aún se bajaba las faldas.

—Ah, eres tú, Mark —me dijo el dueño—. Si lo sé, abro y continúo. Pregunté:

—¿Margit?

—Voló.

—¿Cuándo?

—Hace más de una semana.

—¿La ha buscado alguien?

—*Okay*. Tienes al tío arriba.

Yo no sabía quién era el tío.

Pero uno que está arriba siempre es una pista, de modo que subí. El pájaro me oyó y me recibió amablemente.

Me puso la navaja en el hígado, saliendo de detrás de la puerta cuando yo la abrí con toda la educación del mundo, derribándola de un puntapié.

Me di cuenta de que todo estaba revuelto.

Era la mejor habitación del hotel, y en la cama cabían cuatro, lo cual indicaba que Margit no tenía manías a la hora de trabajar. El pájaro que estaba dentro de la habitación tampoco las tenía.

—Tú, hijo de perra —dijo.

Moví el codo derecho.

Sé hacer cosas perfectas cuando me amenazan el hígado con algo que pinche. Un codazo hace que el tío se desplace y aticé la cuchillada al aire. Hay que estar bien entrenado para hacer eso, claro, pero yo lo estoy. Inmediatamente uno gira y levanta la rodilla izquierda. Lo más fácil es que te encuentres en el camino con dos bolitas del tío que el tío apreciaba bastante. Se las puse por corbata. Mientras tanto, había movido las manos y le sujetaba la muñeca derecha, muy cerca de la cual estaba la navaja.

Tiré del brazo.

Me cargué al tío sobre los hombros.

Lo lancé por encima.

El cuarto de baño estaba abierto.

El tío se estrelló contra el bidé.

Perdió el sentido por unos segundos.

Cuando lo recuperó, tenía la cabeza dentro.

Higiene pura, macho.

Yo estaba dando el agua.

Un bidé no tiene por qué servir sólo para que las señoras se laven sus cosas.

Ahogué al pájaro meticulosamente.

Bueno, a decir verdad, le dejé un poco de vida para que el tío pudiera explicarme qué hacía allí.

Sentado en el suelo, hundido, desfallecido, me miró jadeando, una vez lo hube sacado. Le pregunté para quién trabajaba.

Me dijo que para Moss.

Moss es un tío barato. Pura filfa.

Presta dinero a gente que está en las últimas. Generalmente a apostadores de carreras de caballos que no han hecho un pleno desde que su madre se abrió de piernas. Cobra los intereses por

semanas, y cien dólares se transforman en mil a poco que uno se descuide quince días. Cuando a Moss le deben mil dólares y no está la cosa clara para el cobro, envía al agente ejecutivo. Y el agente ejecutivo era la mierda que yo tenía ahora delante, echando agua de bidé por la boca.

—¿Cuánto os debe? —pregunté.

—Mil doscientos.

—¿Por qué?

—Apostó a los burros.

—Y una chorra. Margit no ha apostado jamás.

—Bueno, lo hizo su padre.

Yo recordaba muy bien al padre de Margit. Casi paralítico. Exladrón, exmanitas de plata, exhombre, ex todo. Vivía a costa de su hija, pero se decía que, caso de tener los dedos bien, hubiese podido abrir hasta las cajas fuertes que el Estado tiene en Fort Knox. En sus años de manitas de lujo había «ganado» una fortuna y viajado en «suites» de los mejores trasatlánticos del mundo. Se decía que si Margit fue concebida en una de ellas, a la altura de Cabo Cañaveral, y que su madre había sido la ramera más cara y más distinguida de Tennessee. Luego vinieron los años malos, vino la cárcel, vino la parálisis progresiva y todo se fue a tomar viento. El antiguo campeón de las cajas fuertes ya no robaba ni un billete del autobús. Pura caca.

—¿Su padre apostó? —pregunté.

—Sí. Por teléfono. Llamó a la agencia de Moss. Una triple para las carreras de San Francisco. Mierda. Lo perdió todo. Al día siguiente volvió a perder.

—¿Y la hija se hizo responsable de la deuda?

—Sí.

—¿De cuánto era?

—Doscientos dólares. Los ha pagado.

—¿De qué modo?

—Moss se la tiró un par de veces.

—Pues entonces, ¿de qué se queja ese cerdo?

—Quedan los intereses.

—¿A cuánto ascienden los intereses?

—Setecientos. Mil. No sé.

Dije:

—Bien.

Le volví a meter la cabeza en el agua, que ya estaba llena de babas. Y yo creo que lo mato allí mismo de no ser porque el dueño del importante hotel me advirtió desde la puerta, porque acababa de subir al oír el ruido:

—Nada de cadáveres, Mark. Luego uno no sabe dónde meterlos y encima te los cargan en los impuestos como si fueran clientes de pago.

Le dije que sí, que nada de cadáveres.

Pero ya se me había ido la mano.

Porras, el agente ejecutivo de Moss sacaba ya el agua del bidé hasta por las orejas. Estaba muerto.

La verdad es que no me impresioné demasiado, y el dueño del elegante hotel tampoco. Lo único que dijo fue:

—¿Me puedo quedar con lo que lleva en los bolsillos?

—No hay problema. Todo para ti.

—Dos de mis hombres lo meterán en su coche y lo hundirán en el Hudson antes de que amanezca. Pero una cosa ha de quedar bien clara, Mark: yo no quiero líos. Si Moss hace averiguaciones, le diré que has sido tú.

—Me parece justo.

—Entonces lárgate.

Me puse en pie y avancé hacia la puerta, pero yo no había hecho más que empezar mi trabajo. Antes de salir, susurré:

—Necesito encontrar a Margit.

—¿Para qué?

—Me pagan para encontrarla.

—¿Quién?

—La agencia. Es mi trabajo.

El dueño de aquella sucursal del Ritz me miró con miseria, meneando la cabeza, como si supiese que estaba ante un caso perdido.

—A ese tipejo no se lo he dicho antes —susurró, señalando al muerto—. Allá él. Por mí, como si quería buscar durante siete meses seguidos. Pero a ti te lo digo porque, en el fondo, muy en el fondo, eres un amigo. A Margit ya no la encontrarás.

—¿Por qué? —musité.

Y él contestó con voz opaca:

—Ha muerto.

CAPÍTULO II

Otra vez leches. El avión salía a las dos de la tarde.

Me quedaba una hora.

Dejé mi portaaviones marca «Ford» modelo 1940 en la playa de estacionamiento de Newark, y justo al apagar el motor se hundieron las cuatro ruedas, se fundieron los platinos y el carburador me salió por la culata. El coche dijo: «¡Basta!». Me apeé de él, puse en el parabrisas un cartelito escrito a mano que decía: «SÓLO ES TRENADO. SE VENDE» y corrí hacia el interior del aeropuerto, al mostrador de la «Eastern Airlines», que cubre gran parte de los vuelos interiores de los Estados Unidos.

Tenía que ir a Niágara.

Buen sitio Niágara, en la misma línea de los Grandes Lagos, a un solo paso de la frontera canadiense. Según las estadísticas, un noventa por ciento de las felices recién casadas norteamericanas han sido desvirgadas en esa zona, si es que aún quedaba —en el momento de hacer las estadísticas— alguna feliz recién casada norteamericana que aún estuviera por desvirgar. Las camareras de los hoteles, lo mismo en el lado USA que en el lado canadiense se quejan de que es un asco porque las sábanas siempre están tiesas.

Bueno, pues yo tenía que ir a un sitio así.

Pero sin mujer.

Me planté en Niágara después de hora y pico de tranquilo vuelo. Fui a un hotel que lleva el nombre de la pequeña ciudad. Pedí una habitación. Pedí un *whisky*. Pedí una tía.

Me ofrecieron un servicio combinado y que resultaba más barato: una tía que oliera a *whisky*.

Dije que bien.

El buitre del jefe me había dado algo de dinero, pero la cosa no permitía demasiados lujos, como puede imaginar cualquiera que sepa el sitio donde trabajo.

La tía vino poco después.

Era una buscona con la que cobraban comisión todos los del hotel. Llevaba un vestido muy ceñido, unos zapatos de alto tacón, unas medias marca «Sexus» y una pistola del nueve corto, por si algún cliente se ponía idiota.

Le pregunté qué prefería: si meternos en la cama o hablar. Por las dos cosas le iba a pagar lo mismo.

Me señaló la cama.

Hice un gesto de resignación. La verdad es que, con lo que me pagan, no estoy para demasiados trotes.

Trabajé duramente.

La tía era insaciable.

Pero al final quedó satisfecha.

Me dio un dólar.

—Toma, para que te compres un reconstituyente —dijo.

Me sentí humillado.

—¿Es que no ha ido bien? —pregunté.

—Mierda. Los hombres de ahora sois una filfa. A partir del tercero has bajado el ritmo.

Era verdad, qué demonios. He de reconocerlo. Un poco más y han de meterme en el pulmón de acero. Pero no sé por qué las tías siempre se quejan.

—Busco a una mujer que debió venir a trabajar aquí —expuse, lanzándome de cabeza al trabajo—. Las profesionales de un sitio pequeño como éste os conocéis todas y notáis enseguida la presencia de una intrusa. Se llama Margit.

Y le enseñé una foto.

Quizá ustedes se pregunten por qué yo buscaba a Margit en Niágara.

Bueno, es sencillo.

El dueño del hotelucho del Bronx me había dicho que Margit estaba muerta. El no la había visto morir, pero le constaba que ya tenía que estar muerta. Margit mismo le había dicho que estaba podrida de cáncer hasta la médula.

El hecho de que fuera una chica joven no importaba. Hay gente que nace ya con cáncer. Tampoco importaba el hecho de que hasta entonces no hubiera sentido dolor, o que al menos lo hubiese disimulado. Nada hay tan patético, tan triste, tan falso como las

chicas de la vida. Lo disimulan todo, lo aguantan todo, porque no pueden dejar de trabajar.

El dueño del hotelucho del Bronx me había añadido:

—Dijo que no quería reventar en Nueva York, en esta podrida ciudad. Que gastaría sus pocos dólares en divertirse lo que le quedaba de vida. Su padre, el pobre tío, me lo confirmó. Yo le perdoné el mes que me debía de pensión y la compré una caja de bombones. De eso hace quince días y la habitación no la he vuelto alquilar, porque en el fondo pensaba que Margit volvería. Me era simpática. Tengo la sensación, la certeza, de que en quince días ha tenido que morir. Hay gente que tiene cáncer y no se da cuenta hasta la última fase, hasta que de pronto saca el hígado por la boca y se queda seco.

Bueno, pues yo creo que Margit estaba en esa última fase. Tenías que verla.

—¿No tienes idea de adónde fue?

—No lo dijo porque no quería que nadie la siguiera. No quería tampoco que su padre, pobre hombre, se enterara de las circunstancias de su muerte. Pero yo le vi por casualidad un billete para Niágara.

Ésa era mi única pista.

Un billete para Niágara visto un momento por un cabrito.

Pero tenía algún otro indicio, como por ejemplo que Margit se llevó muy poco dinero de Nueva York. Siendo así, y siendo Niágara una ciudad cara, era más que posible que hubiese ejercido el oficio de una manera ocasional, para sacar pasta.

La furcia, tendida en la cama junto a mí, hizo memoria.

—A esta chica la recuerdo —dijo al cabo de unos minutos—. La vi una sola vez. Estaba hablando con el doctor Mulder en la Calle Doce, pero seguro que ella no hacía la carrera ni hubo trato. El doctor Mulder es marica.

—¿Qué especialidad tiene?

—Cáncer.

Apreté un momento los labios.

Puñeta, ya estaba.

Una vez en Niágara, tras ver una de las ciudades que siempre había anhelado conocer, Margit había querido jugar su última baza; un médico más que pudiera hacer el milagro. O tal vez un médico

que la librería de los sufrimientos inauditos que quizá ya empezaba a sentir.

Estaba en el buen camino.

La chica se tensaba sus medias «Sexus».

No me quiso cobrar ni los polvetes ni el aliento de *whisky* de marca que me echó a la cara.

Buena chica.

Yo salí de estampida.

Tenía que resolver pronto aquel caso o me metería en un lío. Cualquiera que lea estas líneas de mi Diario puede haber adivinado ya quién era el cliente que le había encargado el trabajo a mi putrefacto jefe. Era el propio Moss. Mientras enviaba a sus agentes ejecutivos por un lado, buscaba a Margit por otro.

No sólo tenía interés en cobrar la deuda, sino en darle una lección.

¿Y yo iba a colaborar en eso?

Bueno, haría las cosas a mi manera. Encontraría a Margit, la fotografiaría, daría su actual dirección al jefe, conseguiría pruebas contundentes de mi éxito en la investigación. Pero antes habría advertido ya a Margit para que ahucase el ala y emigrara de allí antes de que los tigres caven sobre ella. De ese modo, la chica se les escabullía y a mí no podían reprocharme el no haber hecho el servicio. Además, me interesaba que el asunto quedase cerrado para que nadie se enterara de que yo precisamente me había cargado a uno de los hombres de Moss nada menos que bañándolo en un bidé.

En fin, ya tenía una nueva pista.

Doctor Mulder.

Era fácil encontrarle. Estaba en la guía telefónica. Su domicilio se encontraba en uno de los lugares más tranquilos de la tranquila ciudad, casi al borde del lago.

De modo que fui allí.

Como todos los maricas, el doctor Mulder vivía solo. Eso me lo dijeron enseguida.

Supe que lo encontraría enseguida.

Y lo encontré, claro que sí.

En aquel momento lo estaban sacando de la casa.

Entre cuatro.

Metido dentro de una caja.

CAPÍTULO III

Releches, qué día.

Todos los maricas de ambos lados del Niágara habían reunido allí, para darle la gran despedida. Había más travestis que en un Gay Club de Greenwich Village. Y tan bien arreglados, la verdad, que sólo me enteré de que eran travestis después de tocarles el paquete a un par de ellos, con gran entusiasmo por su parte. Hasta en el cementerio me estuvieron guiñando el ojo, indicando que sí, que todo iba bien, que luego, que tuviera paciencia.

La tuve.

Al terminar la ceremonia, me metí en un café con uno de ellos, pero en un café elegido cuidadosamente, donde no hubiera ni reservados ni divanes.

El
tío-tía
exclamó:

—¡Ay, que machooooooooo!

Y me invitó a una ración de hormonas que, según él, hacían crecer las tetas.

Hube de escapar por piernas cuando intentó que le hiciese feliz.

Bueno estaba yo.

Pero al menos ya había averiguado algo más.

Al doctor Mulder lo había atropellado un coche que se dio a la fuga.

Puñetera desgracia, dijo el travesti.

Puñetera casualidad, pensé yo.

El asunto me gustaba cada vez menos.

Pero tenía que seguir. En el supuesto de que Margit siguiese viva, tenía que encontrarla para advertirle lo que se le venía encima. Tenía que dejar también contento al jefe para conservar mi empleo. Tenía que dejar contento a Moss para que éste no

profundizara en la muerte de aquel guardaespaldas bañado en agua de rosas.

Por la noche entré en casa de Mulder. Empleé mi catálogo de llaves falsas para abrirme paso.

Era una casa bastante rica, con multitud de detalles dulces, como por ejemplo flores, manteles de ganchillo, cojines de seda, tocadores y muñecas. También encontré una serie de aparatos sexuales para consolar la soledad, pero eso no era lo que me interesaba.

Buscaba el paradero de Margit.

Allí podía haber alguna pista.

Y la encontré, después de más de dos horas de revolverlo todo cuidadosamente.

Era un detalle que podía pasar inadvertido, pero que un profesional como yo, aunque malo, terminó clichando. Mulder, al igual que todos los maricas establecidos en un lugar fijo y confortable, era cuidadoso como un ama de casa. En su coche llevaba un bloc en el que anotaba cada día los kilómetros recorridos, la gasolina gastada y los peajes de las autopistas. Pues bien, había un recorrido idéntico y anotado nada menos que siete veces: ochenta millas, sesenta centavos de autopista. La gasolina variaba un poco, porque dependía de la velocidad. No era gran cosa, pero se trataba de la única cosa concreta que encontré en toda la casa.

Mal asunto.

Volví al hotel.

Pedí un *whisky*.

Y si antes me habían enviado una tía que olía a «*bourbon*», ahora me enviaron un «*bourbon*» que olía a enaguas de ramera. En eso de los servicios combinados, aquel hotel era la monda.

Tendí sobre la cama el mapa de autopistas que acababa de comprar. Empecé a analizar cuidadosamente todos los puntos que estuviesen a ochenta millas exactas y en los que la combinación de garitas diese sesenta centavos justos de peaje.

Esos puntos eran exactamente diez. Pero para mi quedaban reducidos a solamente dos.

Había mirado también los bajos del coche de Mulder.

Estaban manchados de tierra roja.

¿Dónde había tierra roja a la salida de la autopista?

Yo lo sabía bien: en los caminos vecinales de Torrence y Woldan. En Torrence y Woldan. En Torrence especialmente, porque yo había vivido allí hasta los siete años, y los caminos vecinales me los conocía muy bien.

De pronto, y por uno de esos extraños caprichos del destino, el trabajo me devolvía a las profundidades de la infancia. Porque hasta los tipos como yo hemos tenido infancia alguna vez, aunque casi nunca nos acordemos de ella.

Hice una mueca.

Ya sabía adónde tenía que ir.

Torrence.

Pero hasta allí no había ferrocarril ni líneas interurbanas de autobuses, de modo que no me quedaba más remedio que alquilar un coche en Niágara y hacer el viaje al volante. Eso significaba más gastos. Por fortuna mi jefe, precavido como siempre, me había dado una dirección en Niágara donde los coches los alquilaban más baratos.

Fui allí a la mañana siguiente, a primera hora.

Pero me llevé un chasco.

¡Claro que eran más baratos!

Allí sólo alquilaban coches negros para entierros. Estuve a punto de acordarme del padre de mi jefe. Pero al final no lo hice. Quién sabe si también era mi padre.

Alquilé en otro sitio un «Daytona» de modelo algo anticuado, pero que funcionaba muy bien. Tomé la autopista, calculando cuidadosamente las millas, el consumo de gasolina y los gastos de peaje.

Todo coincidía.

Me encontré en Torrence.

Ya sé que cualquiera que lea los apuntes de este Diario y me conozca un poco no se lo va a creer. Pero es rigurosamente cierto: yo había soñado en la vuelta a Torrence muchas veces. Huérfano abandonado, sin conocer a mis padres, me habían pasado directamente de una infecta

casa-cuna

a un colegio gratuito que dependía de la asistencia pública, y donde

se atendía a polluelos como yo. La comida era mala, el régimen era disciplinario, lo que te enseñaban cabía en un dedal, pero, sin embargo, aquellos años de Torrence estaban envueltos para mí en el aura de la leyenda. Recordaba el colegio en lo alto de la loma, dominando el camino vecinal, recordaba los árboles, el pequeño estanque, el hospital militar y la gasolinera cercana. Era una estampa clavada en mi memoria, eternamente repetida, y en la que yo soñaba como un regreso, como una liberación, igual que si volver a Torrence hubiera de limpiarme de todas las cosas podridas, de todos los hechos nauseabundos que yo había ido acumulando en esta vida.

Bueno, ya estaba en Torrence.

No había vuelto desde entonces, desde los siete años, y ahora ya tenía veintisiete. Es posible que no hubiera vuelto jamás, pese a todos mis sueños, de no ser por aquel pestilente asunto de Moss.

Frené después de la curva, a la entrada de la pequeña ciudad.

Y creí sufrir una alucinación.

Nada de nada.

Ni escuela en lo alto del promontorio.

Ni árboles.

Ni estanque.

Ni hospital militar.

Ni nada de lo que yo había dejado atrás, veinte años antes, perdido en las brumas del tiempo.

Lo único que se había conservado igual era el camino de tierra rojiza, un camino que nadie se había preocupado de reparar porque Torrence era un municipio pobre, donde la gente no encontraba trabajo y emigraba. Bastaba un vistazo para comprender que en los últimos veinte años quizá había perdido entre dos y tres mil habitantes, en lugar de ganarlos como parecía lógico.

Me froté los ojos.

Bueno, o yo estaba borracho o aquello no era Torrence.

Pero tenía que ser Torrence. Una indicación de tráfico lo decía. Un agente con pistolón al cinto me hizo señas para que siguiera y no entorpeciese una circulación que sólo en su imaginación existía. Di gas y pasé.

No recordaba nada de la ciudad.

Y no era extraño.

En el colegio que los recuerdos habían idealizado tanto, apenas se nos permitía salir. Torrence era para mí una ciudad desconocida, de la que sólo oía los rumores más allá de las altas tapias parecidas a las de una cárcel. Cuando me sacaron a los siete años para llevarme a un centro algo más perfeccionado, apenas conocía nada de Torrence. Y la verdad era que no recordaba nada ahora. Para mí, aquello resultaba tan desconocido como un paisaje lunar.

Pero, en fin, ya estaba en el lugar de mi infancia.

Allí me sentiría bien.

La gente aprendería a quererme.

A lo mejor me estaba queriendo ya.

Pensé en eso, idiota de mí, hasta una décima de segundo después de que la bala pasara aullando junto a mi cabeza.

CAPÍTULO IV

La recoña.

¿Por qué habían de matarme en un sitio donde nadie me conocía, donde nadie me recordaba?

Bueno, yo no sé si eso lo pensé antes o lo pensé después. Porque, de pronto, me di cuenta de qué era lo que me había salvado. El espejo retrovisor externo estaba demasiado subido y había desviado la bala lo justo para que ésta penetrara por la parte superior del «Daytona», junto al techo, sin perforar el parabrisas, pero dejando en la carrocería un orificio redondo y limpio, del calibre 7,65, que sabía gloria verlo. Fuera de eso y del retrovisor hecho trizas, como si acabara de recibir un golpe, no se advertía nada más. Uno podía pasar diez veces junto al coche sin darse cuenta de que habían tratado de matarme.

Porque además habían disparado con silenciador. Ni un estampido, ni una columnita de humo, ni un rumor. Intenté seguir con los ojos la posible trayectoria de la bala y me encontré con una esquina y un edificio de oficinas totalmente nuevo, desde cualquiera de cuyas oficinas podían haber tratado de chingarme.

Inútil, pues, investigar. Lo único que podía sacar en limpio de todo aquello era que me pagaban un entierro a plazos.

Fui a salir del coche.

Pero vi al *sheriff* que se acercaba a mí.

Tenía cara de mala baba, como casi todos.

Era joven. Yo no lo conocía de nada.

—No puede dejar el coche ahí —me dijo—. Estaría mal estacionado.

—De acuerdo. ¿Dónde puedo dejarlo?

—Hay una playa de estacionamiento detrás de la iglesia.

—Iré enseguida. Oiga, *deputy*.

—¿Qué?

—¿Quién vive en esa casa de la esquina?

—¿La de oficinas?

—Sí.

—¡Qué pregunta! Mucha gente.

—¿Todo son despachos?

—Sí, pero queda alguno libre. Si le interesa un alquiler, vea al señor Blayton antes de las diez.

—No me interesa al señor Blayton. He venido especialmente desde Nueva York para buscar a una persona.

Y le mostré mi credencial de detective privado. El *deputy sheriff* la miró como si no supiese qué orificio de su cuerpo limpiarse con ella.

—¿A quién busca? —preguntó al fin—. Le advierto que en mi jurisdicción no se ha cometido ningún delito en el último año.

No había acabado de decir esto cuando desde una de las ventanas de la casa que teníamos al lado empezaron a salir gritos atronadores.

—¡Me violan! ¡Me violaaaaan!

—¿Y eso qué es? —pregunté.

El *sheriff* estaba imperturbable.

—La señora Britt —dijo—. Tiene setenta años.

—¿Y qué?

—Todos los días a esta hora, más o menos a la salida de las oficinas, grita que la violan para ver si alguien pica.

Tragué saliva.

Quizá aquel tipo tenía razón al decir que allí no se cometían delitos, si se exceptuaba el mal gusto que habían tenido al tratar de matarme.

—Busco al doctor Müller —susurré.

No dije, por supuesto, que el doctor Müller estaba muerto.

—¿Quién ha dicho? —Bizqueó el *deputy*.

—Doctor Müller.

—No hay aquí nadie que se llame así.

—Lo entiendo. Exactamente no es un vecino de la ciudad, pero ha venido aquí con bastante frecuencia en las últimas semanas.

—Hum... Yo no puedo conocer a todos los forasteros que vienen. ¿Va usted a alojarse en Torrence?

—Sí.

—Pues pregunte en el hotel. Sólo hay uno.

Era un buen consejo.

Solamente en el hotel podrían saber cómo se había movido por allí el doctor Mulder de modo que me dispuse a visitarlo. Pero antes le mostré al *deputy* una foto de Margit.

—¿La ha visto? —pregunté.

—¿Quién es esta mujer?

—También la busco.

—¿Pero por qué busca a tanta gente? ¿Para quién trabaja usted? ¿Para la Oficina Federal de Impuestos?

—Tiene amistad con el doctor Müller —susurré.

—Pues lo siento, pero tampoco le he visto nunca. Pregunte en el hotel. Y ahora lárguese de aquí, porque obstruye el tráfico.

El único tráfico consistía en dos tíos en bicicleta que salían de la oficina, dos presuntos violadores a los que la vieja llamaba desde la ventana a gritos, a ver si se decidían de una vez.

Fui a la playa de estacionamiento, pero mirando a todas partes para que no me dedicaran otra bala. Observé la iglesia vacía y silenciosa, los dos bloques de apartamentos y el edificio gris y triste del hotel. En su aspecto había algo de repulsivo, como si se tratara de una cárcel donde los presos, en lugar de salir, se hubiesen quedado dentro en plan de clientes, y pagando encima.

Pero no había otro sitio.

Fui hacia allí. Había una pequeña terraza con unas cuantas mesas, donde los domingos la gente debía sentarse a beber algo.

Y entonces vi a la chica.

Estaba espatarrada en una de las sillas.

Me lo enseñaba todo.

Hasta las braguitas color canela.

Hasta los botoncitos del ligero.

Hasta el final de sus medias que, si no eran marca «Sexus», lo parecían.

Me sonrió.

Debía tener unos diecisiete años solamente.

Yo soy un tipo muy desinteresado.

Que el demonio me libre de corromper a una menor.

Nunca haría eso.

Me acerqué y le pregunté:

—¿Cuándo nos acostamos, nena?

Quizá Torrence era una pequeña ciudad donde las formas aún se guardaban, y por eso temí que me diera un castañazo. Pero la «teenager» ni se inmutó. Alzó un poco una pierna para que yo pudiese contemplar mejor el panorama e invitó:

—Siéntate.

Acepté la invitación.

Sentado frente a ella, me dediqué a estudiar geografía con la mayor atención. Yo soy muy aficionado a los montes, sobre todo los montes de Venus. Me conozco de memoria no sé cuantas docenas.

Pero no hay que juzgarme por mis palabras.

Yo no pensaba llevármela a la cama.

Demasiado joven para mí.

Y no quería buscarme líos en Torrence, uno de esos villorrios donde te acuestas con una tía a la una y a las dos ya vienen los vecinos a preguntarte cuándo será el bautizo. Lo que quería era hablar con ella, y si había empezado atacando y hablando del catre era porque me parecía que ella buscaba guerra.

—¿Forastero? —me preguntó.

—Tú bien debes saber que sí.

—Claro que lo sé. No te había visto nunca por esta zona donde no hay más que palurdos. ¿De dónde vienes?

—De Nueva York y Niágara.

—¿Cómo te llamas?

—Mark.

—¿A qué me invitas?

No podía negarse que la chica también iba en directa.

—A practicar una posición que no la saben ni en el Kamasutra —dije—. Consiste en hacer el acto colgados de una lámpara.

En contra de lo que yo pensaba, se lo tomó en serio. Mirándome fijamente, con ojos de viciosa, declaró:

—Yo una vez estuve colgada por las manos de una lámpara mientras el tío me buscaba por abajo. A lo mejor resulta que ese jueguecito ya lo sé.

Seguía mirándome fijamente.

Su mirada era dura, dañina.

Había cambiado.

Ya no parecía una chica de diecisiete años.

—Lo necesito —dijo bruscamente.

—¿Acostarte conmigo?

—Sí.

Era una conquista rápida. Podía sentirme secretamente orgulloso de mí «*sexy*».

Respiré hondamente.

Y de pronto el aire se me quedó dentro.

Porque la chica había dicho:

—Tienes que darme cien dólares.

—¿Yo?

—Pues claro. No va a ser el alcalde.

—¿Es eso lo que necesitas? ¿Cien dólares?

—¿Y qué creías? ¿Que necesitaba un pijo como el tuyo? No me inmuté. Me han dicho cosas peores que esas. Le pasé un paquete de cigarrillos mientras musitaba:

—¿Cómo te llamas, nena?

—Anna.

—Pues bien, Anna, ¿quieres hacerme un favor?

—Depende.

—Es sólo darme la mano. Me quiero despedir de ti.

—O sea que de la cama nada.

—Nada.

—Adiós cien dólares...

—Adiós cien dólares, Anna.

—Maricón.

Chica fina, ya lo ven ustedes.

Pero me tendió la mano.

Se la estreché.

Y fui rápido.

Sin dejar que se soltase, le subí inmediatamente la manga hasta la altura del codo, descubriendo la piel.

Hice una mueca de amargura.

—Lo imaginaba —dije.

—¿Qué imaginabas, perro?

—Estás flipada.

—Mentira. Hace al menos dos siglos que no me atizo un caballo, que no viajo, que no me pincho.

—Pues tienes marcas muy recientes. Estás de mandanga hasta

las orejas. Puede que lleves dos días sin nada en las venas, y por eso empiezas a estar en crisis.

Noté que la chica se me hundía, se me arrugaba. Era verdad lo de la crisis, era verdad que necesitaba mandanga en las venas, que necesitaba pincharse otra vez, que tenía que fliparse hasta los ovarios o reventaría en un rincón. A sus diecisiete años, Anna era ya un despojo humano. Se dejaría atravesar el sexo por un cerdo o por un perro si alguien le pagaba con dólares.

—¿Te prostituyes con frecuencia? —pregunté.

—¿Y a ti qué te importa?

—Cierto... No me importa nada. Sólo quería ayudarte.

—La única ayuda que necesito son cien dólares. O me los das o ya puedes meterte la lengua en el culo. Ése es el trato.

Buena chica, ya se ve.

Pero yo no podía tenérselo en cuenta. Los drogadictos que sufren el llamado «síndrome de abstinencia» dicen y hacen cosas que nunca pensaron que llegarían a decir y hacer.

La chica apenas era responsable de lo que le ocurría.

—Hasta ahora, ¿quién te ha dado la mandanga? —pregunté.

—¿Quién eres? ¿Uno de la bofia?

—No tengo nada que ver con ella.

—Pues entonces vete al infierno. Y conste una cosa.

—¿Qué?

—Acabas de perder una gran ocasión.

—¿Ocasión de qué?

—De pasarlo bomba.

—¿Por qué razón?

—No creas que soy una cualquiera. Me iba a prostituir por primera vez. Y cuando me acuesto con un hombre, soy cariñosa.

Tragué saliva.

Sí. Era cierto. Acababa de perder una magnífica ocasión, pero más grave hubiera sido perder cien dólares. Yo soy así de desinteresado.

—No has contestado a mi pregunta —dije, fingiendo una indiferencia de la que estaba muy lejos, mientras evitaba mirarle las piernas para no caer en la tentación de meterle mano allí mismo.

—¿Qué pregunta?

—¿Quién te daba para fliparte?

—Eso es cosa mía. Y basta.

—No basta. Puedo ayudarte, Anna.

—¿En qué?

—Hay clínicas de recuperación.

Me miró con odio, con desprecio, como si yo fuera un bicho con todos los defectos del podrido burgués, y se despidió de mí con una sola palabra:

—Mierda.

Luego se largó con gestos abatidos, pero meneando lo que hay que menear. Aquella chica tenía belleza, tenía juventud, tenía *sexy*, tenía garra. De una forma instintiva sabía lo que hay que hacer para gustar, y lo hacía aunque no pensase en ello.

Viéndola alejarse de aquella manera, se me ocurrió una pregunta elemental: ¿qué haría ahora? ¿En qué simas iba a caer? ¿En qué pozos profundos de la pequeña ciudad iba a enfangarse hasta las cejas?

—Anna —llamé.

Yo soy un tío de impulsos.

Anna se volvió.

—No hay trato —dijo—, el día que quiera hacerlo gratis lo haré con un tío mejor que tú.

Vaya forma de darme ánimos.

—Quería decirte que te pagaré los cien dólares —susurré de todos modos.

—¿Sí?

Sus ojos habían brillado de repente, con una alegría casi feroz. Pero curiosamente, y aunque parezca mentira, su alegría fue lo que me dio más lástima.

—Vamos entonces —dijo—. Tengo una habitación alquilada al fondo de la calle, encima de la vieja imprenta de Tuck.

—No tengo los cien dólares ahora, nena.

—Pues entonces vete a engañar a tu madre, que seguramente te lo hará más barato. No hay negocio.

—En este momento no tengo los cien dólares, te he dicho —masculló—, pero los tendré cuando anochezca. Puedes contar con ellos como si los tuvieras en el bolsillo. A las siete te iré a ver. Pero júrame por tus muertos que no harás nada con nadie hasta esa hora.

—¿Qué pasa? ¿Quieres que esté por estrenar?

—No sabría explicártelo.

Hizo un signo de asentimiento y se alejó. Seguía contoneándose. La gente la miraba, pero como en aquella puñetera ciudad todo quisque con testículos estaba vigilado por su madre o por su mujer, allí no había modo de acercarse a un buen trasero sin que se enterase la policía municipal. Yo era el único que podía arremeter contra las curvas de Anna sin que nadie me importunase, porque era un forastero en Torrence.

Entré en el bar y pedí un *whisky* doble.

Mientras lo bebía silenciosamente, miré a través de las cristaleras la pequeña colina que dominaba la ciudad.

Demonios, ¿por qué la escuela donde yo pasé tantos años de encierro había desaparecido?

CAPÍTULO V

Las siete de la tarde.

He ido anotando cuidadosamente todo lo que hice hasta esa hora. Buscar inútilmente rastros de Margit.

Buscar inútilmente rastros del doctor Müller.

Comer un poco.

Tocarle el culo a una camarera.

Tocarle el culo a la cajera.

Impedir que un marica me tocara el culo a mí.

Pero, bueno, ya eran las siete.

¡Leches! Al trabajo.

Por supuesto que yo tenía los cien dólares cuando hablé con Anna. No necesitaba buscarlos en ningún sitio, porque el vampiro del jefe había hecho una pequeña provisión de fondos, con la que tenía que llegar hasta el final del caso. Por supuesto, estaba previsto en los cálculos del jefe, que yo podía pasar los dos últimos días pidiendo limosna, antes de que la policía me detuviese.

Si le pagaba los cien dólares a la chica me quedaba en la más pestilente ruina, razón por la cual había decidido dejar de plazo hasta la noche, a ver si ella reflexionaba. En el caso de que no lo hubiera hecho, trataría de proporcionarle una pequeña dosis de droga y de hacerla internar. La única posibilidad de salvación de Anna estaba en una clínica, aunque ella no lo creyese.

En el fondo, yo soy un tipo caritativo.

Sentí un inmenso orgullo de mí mismo.

Estuve a punto de comprar una medalla en una tienda de objetos usados y ponérmela en la solapa.

Al final me conformé con beberme otro *whisky* en un bar «*topless*» y ofrecerle a la camarera tres dólares cincuenta por pasar la noche. Cuando ella me dijo que por ese precio podía quedarme con su marido, me escapé.

Fui a la vieja imprenta de Tuck.

No quisiera tener que describirles ese sitio.

Para una drogadicta que se arrastra por el mundo sin saber adónde ir, aquél era un lugar tranquilo, pero a nadie más le hubiera gustado vivir en un habitáculo semejante. La imprenta era un lugar abandonado, con las máquinas fuera de uso, cubiertas por tronadas lonas donde las ratas más depravadas se hacían el 69 y otras cosas. Para quitar el polvo del suelo y los escasos muebles hubiera hecho falta una perforadora. El dueño debía tener todo aquello embargado, porque de cien clavos de la pared colgaban papelitos que decían todos lo mismo: «Factura, Factura, Factura, Factura...»

En el piso superior había una habitación donde antaño se debió quedar el encargado a dormir. Éste era el dulce hogar de Anna. Subí, empujé la puerta y para animar la cosa, aunque no pensaba hacerle nada, dije:

—Ya puedes ir desnudándote, nena.

No hizo falta que se desnudase.

Ya lo estaba.

Y encima de la cama.

Pero nadie haría el amor con ella.

Nadie la obligaría a usar la píldora y luego le daría un puñado de sucios dólares para que se flipase.

Anna estaba muerta.

Con un estilete clavado hasta el fondo en el centro del corazón. De la herida aún brotaba la sangre.

Oí ruido a mi espalda.

«El asesino», pensé.

Y fui a volverme. No soy manco ni cojo. Tengo las cosas en su sitio. Sé pelear. Poseo licencia para una pistola «Colt» modelo 1914 que muchos consideran una antigüedad, pero que es una maravilla y abre en la tripa del enemigo unos agujeros más grandes que un billete de a dólar.

El asesino iba listo.

Le haría unos huevos aderezados con lengua, es decir se los sacaría por la boca.

Pero me detuve.

Incluso estoy por decir que mi gesto agresivo pudo costarme la

vida. El *sheriff* no me disparó por poco.

Subía con uno de sus ayudantes.

Me vio.

Se ensució en la memoria de mi padre.

Vio a la chica.

Entonces se ensució también en la memoria de mi madre.

—Yo no tengo ninguna culpa en esto, *deputy* —dije.

—De momento apoya las manos en la pared. Ponte de puntillas sobre los pies. Saca el culo.

Es una mala postura, porque si tratas de hacer un gesto brusco te caes, y eso los de la bofia lo saben bien. Me quitaron la cartera, la credencial, la pistola «Colt» y hasta una cajita de preservativos que me habían dado en plan de propaganda, para que los recomendase a los padres de familia numerosa de mi barrio. Luego me permitieron volverme, aunque el «Magnum» del *deputy* me acariciaba el ombligo sigilosamente. —Tenías que ser tú— dijo.

—Le aseguro que...

—Tienes derecho a callar, pero si hablas podrá ser usada en contra tuya cualquier palabra que pronuncies.

—Conozco la fórmula legal, *deputy*.

—Entonces sabrás que te acuso de asesinato en primer grado.

—Mierda.

—Tienes derecho a designar un abogado de pago, y en caso contrario se te designará de oficio.

—Quiero me lo designen de oficio.

—*Okay*. Arreando.

—La situación es absurda, *deputy sheriff*.

—Todos los crímenes lo son.

—No me ha entendido. Yo soy un detective privado y usted lo sabe. Mi documentación es correcta y puede ser confirmada en cualquier momento. Además, pienso colaborar, pero eso me da derecho a hacer también alguna pregunta, al menos para situarme.

—Lo que sea legal contestar te lo contestaré. Habla.

—¿Por qué me estaba siguiendo?

—Nadie te ha seguido. Mi ayudante y yo efectuábamos una ronda de pura rutina. Este local está embargado y le echamos un vistazo todas las noches. Aunque haría falta un camión para llevarse esas máquinas, queremos evitar que las roben.

—Entiendo, ¿pero por qué cree que he podido matar yo a Anna, si ni siquiera la conocía cuando he llegado a Torrence?

—Hablaste con ella enseguida. Lo vio mucha gente.

—Pero no la conocía.

—O sí. Sólo la muerta podría aclarar eso, pero empiezo a temerme que no lo aclarará. Y basta ya de preguntas. Soy yo quien habla. Lo que tenga que decidirse se decidirá en mi oficina. Arreando.

Me sacó de allí, mientras el ayudante se quedaba para empezar las formalidades legales. Era ya de noche y no había apenas nadie en la calle que recorrimos. Mejor. En la oficina solamente se encontraba, además de la secretaria y un oficial, un tipo joven, con gafas, aspecto de intelectual tronado, que estaba sentado en un banco de madera y miraba al vacío fijamente.

Cuando entró el *sheriff*, el joven dijo:

—Tengo hambre.

—Bien.

—Necesito un empleo.

—Bien.

—¿Cuándo van a instalar aquí una oficina de colocaciones, *deputy*?

—Se dice que el mes próximo.

—No podré resistir. Hoy he empezado a comerme las hojas de un libro —aseguró el joven con aspecto de profeta.

El *deputy* ya no le hizo más caso.

Me indicó una silla frente a su mesa.

—Punto primero —dijo—: abogado. ¿Vas a pagarlo?

—No.

—¿Se te designa de oficio?

—Sí.

El *deputy sheriff* se volvió hacia el joven hambriento.

—¡Peter! —llamó.

El tío dio un saltito.

—¿Hay algo para comer? —preguntó.

—Toma tres dólares. Págate una cena.

—Alabada sea la santa y honrada familia de San José Nepomuceno. ¿A qué viene esto?

—Cállate, cabrón. Comes y vuelves.

—Sí, *deputy*. Alabada sea la familia de Saint James de Cornualles.

Y el pajarillo se largó.

Yo intenté sonreír.

—Gracias por haber hecho que nos quedáramos solos, *deputy* — dije—. La situación es delicada y no le importa a nadie.

—Qué solos ni qué leches.

—¿No ha enviado a ese tío fuera por razones de discreción?

—Ni discreción ni narices. Ese tipo va a ser tu abogado.

—No... No me di... diga.

—Le he dado un anticipo a cuenta de lo que le pagará el Estado para que tenga algo de fuerza. Va a necesitarla. De otro modo, hubiese acabado pegándote un mordisco a ti.

—Oiga, pero ese...

—Confía en él. Es su primer caso. Pondrá el máximo interés.

—¡Pero si tiene pinta de no saber lo que es un *habeas corpus*!

—En eso tienes razón. Ha oído la palabreja alguna vez, pero no sabe bien de qué va. De todos modos, alguna idea sí que la tiene.

En aquel momento entró el camarero del bar contiguo. Por lo visto, el brillante abogado no había tenido fuerza para llegar más lejos.

—*Deputy* —dijo.

—¿Qué?

—Estoy en un apuro. ¿Qué hago? Ha venido Peter y me ha pedido un bocadillo de *habeas corpus*.

El agente de la ley se puso entre los labios un macizo cigarro de Virginia y me miró.

—¿Ves como tiene idea? —me preguntó—. Oír la palabra sí que la ha oído. Tú confía en él, marrano.

Decidí que era mejor confiar en mí mismo.

Cerré un momento los ojos, intentando reflexionar, mientras oía que el *deputy* le decía al camarero que un bocadillo de *habeas corpus* era un bocadillo de carne picada con cebolla. El tío se marchó muy convencido.

Y el agente de la ley me sacó la ficha de Anna.

Por lo visto, la había pedido por *télex*, anticipándose a los posibles hechos, al encontrarse en la ciudad con una chica que no trabajaba y que posiblemente cometería algún delito. De ese modo,

lo tenía todo dispuesto. Me la enseñó y vi que Anna Lorden estaba fichada por drogadicta en sitios tan distintos como Nueva York, Los Ángeles y Kansas City. Se flipaba desde los catorce años. Se había prostituido por esa razón. Robos en almacenes para procurarse mandanga, cuando lo de la prostitución no iba bien. Dos correccionales y cinco fugas de su domicilio.

Total, lo que algunos dirían una chica americana de la clase media típica.

—¿Por qué te la has cargado? —me preguntó—. ¿Algún turbio y pestilente asunto sexual? ¿No quería plegarse a tus caprichos? ¿Ibas a hacerle una marranada y ella no ha querido? ¿Entonces has perdido la paciencia y la has matado? ¡Confiesa!

—¡Pero qué marranadas ni qué leches! ¡A esa chica ni siquiera le había visto las tetas antes de que estuviese muerta!

Y le expliqué para qué había venido allí. Era mejor ser sincero. Estaba metido hasta el cuello en un sucio mejunje y de nada me valdría guardar secretos.

Por lo tanto expliqué que me habían encomendado encontrar a Margit.

Y le expliqué también los detalles.

Algunas personas daban a Margit por muerta, ya que sabían perfectamente que estaba podrida de cáncer. Y ella lo sabía también.

Por eso debía haber pensado en irse a morir fuera de la ciudad. En disfrutar al menos en un sitio libre los últimos días de su vida.

Y Margit había llegado a Niágara en un aceptable estado de salud. Al menos eso parecía, según seguí explicando.

Una prostituta le había visto hablando con el doctor Mulder, cuya especialidad era justamente el cáncer. Todo concordaba.

Yo había querido hablar con el doctor Mulder.

Pero el doctor Mulder la había diñado. Lo había atropellado un coche que se dio a la fuga. Es decir, podía tratarse de un asesinato.

Vaya casualidad, ¿no?

Y seguí hablando. Se lo seguí contando todo a aquel *sheriff* podrido que quería enviarme a la horca.

Le conté cómo había averiguado que Mulder hacía frecuentes viajes a la ciudad de Torrence, y que por tanto deduje que quizá tenía algún consultorio o clínica allí.

Consultorio donde podía encontrarse Margit.

Lo único que no conté fue que habían tratado de matarme nada más poner los pies —mejor dicho, las ruedas— en la calle principal de la ciudad.

El *deputy* me escuchaba en silencio.

Se había medio comido su espeso cigarro de Virginia.

El oficial y la secretaria se habían ido.

Dudo que aquel tipo me creyera.

Pero al fin masculló:

—Las razones por las que estás aquí no me interesan. Lo único que me interesa es conocer qué relaciones te unían a Anna, y de eso no me has dicho una maldita palabra.

Se lo expliqué también. Puse cara de buen chico, y estoy por jurar que en ese momento incluso yo era sincero. Le expliqué lo de que Anna se inyectaba la morfina con manguera, cosa que el forense podría comprobar muy fácilmente. Y que yo sólo había querido salvarla.

Me miró fijamente, mientras dudaba si tenía que dejarme en libertad provisional o llamar al verdugo. Yo, que conozco un poco los trámites legales, musité:

—Debe reunir al pequeño jurado para que decida sobre si estoy relacionado con el caso. Mientras tanto, no puede acusarme.

—El pequeño jurado es una reunión de vecinos que decide si se ha cometido un crimen y si alguna persona está relacionada con él —murmuró el *sheriff*—, para acusarla y llevarla ante lo que se llama el gran jurado. Y yo veo las cosas muy claras: decidirán que hay un crimen y que tú estás relacionado con él, puesto que te encontraron junto a la muerta. Por lo tanto, puedo detenerte.

Era verdad, hube de reconocerlo.

Yo estaba metido en un mal asunto.

Pero en aquel momento entró mi brillante abogado.

Había escuchado alguna de las últimas palabras del *deputy*.

Sin embargo, ahora, el tío ya no tenía su aspecto derrotado de antes. Estaba eufórico después de zamparse su bocadillo de carne con cebolla, y además traía un libro tan gordo que casi había que transportarlo con carretilla. Eso me animó.

—No puede detenerlo —exclamó, después de revisar unas cuantas páginas—. Invoco el caso Bentham, que fue juzgado en este

mismo condado hace ocho años.

—Lo recuerdo —gruñó el *sheriff*—. Me lo contó mi antecesor en el cargo. Bentham fue condenado a muerte.

Mi abogado quedó algo jodidillo con eso, la verdad.

Pero no se desanimó.

—Invoco el caso Clarence —dijo.

—Clarence fue linchado en esta misma ciudad hará unos cuatro años —dijo el *sheriff*.

—¡Protesto! —exclamó Peter—. ¡Fue una cabronada! ¡Y si mi cliente es linchado, protestaré también!

—Es lo menos que puede hacer —insinué tímidamente.

Peter se irguió sobre las puntas de los pies, mientras manoseaba el libro.

—¡Invoco el caso Larrigan! —gritó—. ¡Eso! ¡Éste sí que es un caso que se parece al de mi cliente!

—Larrigan era un maricón que mataba a otros maricones —explicó el *sheriff*—. Y la única razón que dio fue que odiaba la competencia.

Empecé a ponerme de mala leche. Cada vez que mi abogado abría la boca, yo me acercaba un paso más a la horca.

—*Sheriff* —pedí—, deténgame. Así tendré al menos esta noche para reflexionar y mañana veré si presento recurso.

La verdad fue que tuve otras motivaciones para decir aquello, aparte la necesidad urgente de librarme de mi abogado. Dos razones exactamente: la primera, que el misterioso tipo que había tratado de matarme ya una vez no podría hacer nada contra mí mientras yo estuviese en la cárcel. La segunda, que así me ahorraaba pagar una noche entera de hotel. Puto y miserable de mí. Para qué vamos a engañarnos.

El *deputy* dijo:

—Por supuesto que te voy a encerrar.

Y me llevó al fondo de un largo pasillo.

Allí había dos celdas, las dos vacías. Había también un servicio de lavabo y WC con la puerta cerrada.

Apenas se oyeron nuestros pasos en aquella especie de pasillo de Sing-Sing,

la voz de la secretaria dijo desde detrás de aquella puerta cerrada:

—¡Ocupado!

Y la voz del oficial dijo desde detrás de la misma puerta cerrada:

—¡Ocupado!

Me fijé entonces en que la hoja de madera temblaba.

Habría que ver las sacudidas que le daban los tíos.

El *deputy* no hizo demasiado caso. Por lo visto, yo era en esos momentos muchos más importante para él. Abrió la puerta de reja de una de las celdas.

—Adentro —dijo.

Le obedecí, pero me detuve casi en el umbral. Mi mirada se había vuelto nostálgica. Hice un gesto triste.

—Es curioso —dije.

—¿Curioso? ¿El qué?

—Cuando yo era solamente un niño, nunca imaginé que llegaría a estar en la cárcel de esta ciudad. Y eso que veía el edificio donde estamos ahora.

—¿Niño? ¿Pero de qué estás hablando? ¿Tú estuviste aquí de niño?

—Sí. Bastantes años.

—¿Dónde?

—En el colegio de huérfanos que estaba en lo alto de la colina.

El *sheriff* me miró.

Su expresión era desorientada. Daba la sensación de estar oyendo algo que no tenía sentido alguno.

—¿Colegio? ¿Qué colegio? —musitó.

—Se lo he dicho ya: el que estaba sobre la colina.

—No tiene sentido —musitó—. Tú deliras. Esa colina nunca ha tenido un colegio. Siempre ha estado vacía.

CAPÍTULO VI

Mientras miraba hacerse más espesa la oscuridad a través de la ventana enrejada que daba al exterior, empecé a pensar que mi cerebro no funcionaba bien. Me estaban pasando demasiadas cosas malditas.

La muerte de Mulder, la muerte de Anna, el intento de quitarme de en medio cuando llegué a la ciudad...

Pero, curiosamente, lo que más me intrigaba, lo que más me producía un cosquilleo en las venas era lo que poco antes me dijo el *sheriff*.

¿Es que yo me había vuelto loco?

¡Claro que existió allí antes un colegio! ¡Y yo no podría olvidarlo! ¡Había pasado demasiados años amargos en él!

Por un momento me sujeté la cabeza.

Uno no puede nunca fiarse de sí mismo. Uno nunca sabe cuándo empieza a volverse loco. La locura es traicionera. Va creando poco a poco un mundo del que sólo te das cuenta de que existe cuando ya eres su prisionero total.

¿Pero qué demonios estaba yo pensando?

¿Qué motivos tenía para creer que me estaba volviendo loco?

¡El colegio existió! ¡Claro que existió! ¡Era el *sheriff* el que estaba confundido!

¡Y BASTA!

No quise pensar más en ello.

Intenté dormir.

Lo necesitaba.

Pero no pude conseguirlo. Uno no siempre es dueño de su propia mente. Mi cerebro trabajaba a pesar de que yo había tratado cerrarle las puertas y enviarlo a tomar por el saco. Y ese cerebro me estaba diciendo que, mientras yo perdía el tiempo en la cárcel, las pistas se difuminaban tal vez para siempre.

Quizá había sido un error el dejarme encerrar. Tal vez debí luchar más y mejor para obtener una libertad condicional a la que al fin y al cabo tenía derecho. En fin, ya era tarde para remediarlo.

¿Tarde?

Me di entonces cuenta de algo que podía variar completamente la situación. Torrence tenía una prisión pequeña y donde no se cuidaban las cosas, sobre todo si el oficial iba todo el día con la bragueta abierta detrás de la secretaria. Las llaves estaban colgadas a cierta distancia de las celdas, de modo que el oficial o el *deputy* no tuvieran que molestarse en llevarlas encima. Pero a pesar de aquella «cierta distancia», yo podía alcanzar las llaves con un poco de astucia.

En efecto, mi celda tenía un cubo de agua y una escoba con largo mango de madera para hacer la limpieza matutina. Con un poco de suerte, aquel mango me podía servir para descolgar las llaves.

Noté que mi respiración empezaba a alterarse.

Demonios.

Quizá estaba de suerte. Si huía, lograría tal vez el éxito. Nadie podía ponerse en guardia contra mí pensando que yo estaba en la cárcel.

Por lo tanto, saqué cuidadosamente el mango por entre las rejas. No podía permitirme un fallo. Si las llaves resbalaban, si caían al suelo, ya no podría alcanzarlas.

Mis ojos se entrecerraron a causa de la tensión.

Mi brazo se tensó todo lo que pudo.

Ni que yo intentara alcanzar con aquel mango un billete de cien dólares.

Noté que rozaba la arandela.

Apreté los labios con angustia.

Si hacía pasar el mango por aquella arandela, las llaves resbalarían hasta mi mano. Pero si resbalaban... ¡No las alcanzaría jamás! ¡Con la complicación accesoria de que el *sheriff* se daría cuenta de que yo había tratado de huir, y entonces no me perdería de vista!

Creo que nunca he puesto tanta atención en una cosa.

Ni siquiera la primera vez que le levanté las faldas a una mujer.

Pude sujetar la arandela. ¡Levantarla!

¡Y la pequeña pieza de metal resbaló!

Mi corazón sufrió una sacudida. Bajé inmediatamente el mango, con la velocidad de un reptil.

¡Y la arandela resbaló por él!

Respiré hondamente cuando las llaves vinieron a mis manos. Tuve la sensación de que todo iba a cambiar de pronto, de que disponía de mi gran oportunidad. Lo dejé todo en su sitio y abrí la puerta.

Me moví en silencio.

La oficina.

El que estaba de guardia era el oficial. Dormía con las patas sobre la mesa. Claro, con el cansancio que debía llevar el tío encima, ya me dirán. No se dio ni puñetera cuenta de que yo pasaba rozándole. De pronto me encontré en la silenciosa calle principal de la ciudad, donde a aquella hora de la noche no se movía ni una mosca.

Avancé pegado a las fachadas.

No tenía aún una idea muy clara de adónde ir. Lo único que quería era alejarme de allí. Me palpé. Notaba algo extraño.

Lógico.

El *sheriff* me había quitado mí «Colt» del nueve largo y yo no tenía ninguna posibilidad de recuperarlo.

Pero eso importaba poco. Yo no estaba en Torrence para matar gente, sino para averiguar cosas. Doblé la esquina, metiéndome en un callejón donde había unos cuantos automóviles estacionados en hilera. Allí podría ocultarme en caso de peligro, pues aún estaba bastante cerca de la cárcel.

Y entonces vi al tío.

Acababa de aparecer igual que un fantasma detrás de uno de los coches, como si me estuviera esperando. Llevaba un rifle calibre 22.

Y un uniforme de oficial del *deputy*.

Mierda.

Me habían atrapado bien.

Yo había sido un imbécil al imaginar que no estarían bien custodiado los alrededores de la County Jail.

Mientras levantaba las manos con un gesto de resignación, musité:

—Bueno, hombre, está bien... Lléveme otra vez a la jaula. No

siempre le van a salir a uno bien las cosas...

El tío no contestó.

Me miraba.

Había en su mirada una fijeza hipnótica.

—Ya puede bajar ese pedazo de trabuco —murmuré—. ¿No le he dicho que me rindo? El hombre uniformado tampoco contestó.

Lo único que hizo fue echarse inmediatamente a la cara aquella mortífera pieza del 22. Y apretar el gatillo.

CAPÍTULO VII

Uno no sabe nunca dónde tiene la vida y dónde tiene la muerte. Todo depende de unos segundos.

Si los tienes de cara, vives. Si los tienes de espaldas, te vas a la tumba a jugarle al póquer tus propios huesos.

Yo tuve esos segundos de cara. Al principio, cuando levantó el rifle, yo no pensé que fuera a disparar porque un agente de la ley *no puede* enviarle una bala a un fugitivo que se rinde.

Pero fue la luz negra de sus ojos lo que me advirtió.

Resultó apenas un chispazo.

Iba a matarme.

Y me pegué instantáneamente contra la pared.

Nunca he bailado tan rápido.

La primera bala del 22 pasó por en medio del callejón, justo donde yo tenía antes el cuerpo. La segunda se estrelló detrás de mi cabeza, en los ladrillos de la pared, haciendo saltar miles de partículas.

Ya no hubo tercera bala.

Salté.

El tío se debía estar acordando de mi madre.

Yo de la suya.

Cuando uno lo tiene todo perdido es cuando encuentra la verdadera audacia. Poco importa ya lo que pueda pasar. Volé materialmente por debajo del cañón para darle al tío con la cabeza en el estómago. El impacto fue tan brutal que a mí se me movieron los sesos y los dos rodamos por tierra.

Noté que iba a sacar un «Magnum», ya que el rifle había resbalado de entre sus dedos.

Iba bien armado, el hijo de la gran marrana.

Yo me jugaba la piel. En aquellas circunstancias, no podía pensar. Sujeté al tío por los pelos y le sacudí la cabeza dos veces.

Pequeño detalle: se la sacudí contra el parachoque de un «Dodge» que estaba estacionado en el callejón. Y los «Dodge» no tienen malos parachoques.

De pronto oí un «chask».

Yo mismo no podía creerlo. No sabía que le hubiera sacudido tan fuerte. El tío tenía la nuca hecha un sacacorchos. Acababa de matarle.

Miré las manos como si no fueran mías.

En todos los detalles que estoy anotando en este Diario, recuerdo muy bien que ése fue uno de los más angustiosos.

No sólo por haber matado a un hombre.

Bueno, no quiero ser hipócrita.

El tío había tratado de matarme antes a mí. Por lo tanto, bien muerto estaba. Que le dieran por el saco.

Pero, aunque uno piense eso, nunca es agradable llevarse por delante a un prójimo.

Y lo peor es que ese prójimo era un agente de la ley. Su muerte me convertía en un forajido al cien por cien. A partir de la mañana siguiente, el *deputy* me haría perseguir por la ciudad con la orden de tirar a matar.

De todos modos, ya era tarde para lamentarlo.

Tenía que apartar el cadáver, porque era posible que alguien entrase en el callejón después de oír los disparos. En efecto, no había terminado aún de colocarlo detrás del «Dodge» cuando un fulano apareció con una linterna.

Debía de ser uno de los vigilantes de alguno de los comercios cercanos.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó—. ¿Quién está ahí?

Silencio.

Entonces debió pensar que había oído mal. Dijo algo ininteligible y se largó poco a poco.

Registré al muerto, después de guardarme el «Magnum». Aunque me fastidiase el detallito tenía que quitarle el dinero porque el *deputy* también me había dejado sin él. Buscando los dólares (había quinientos en total, lo que era una suma exagerada para un simple agente de la ley) encontré no sus documentos, pues no los llevaba, sino un plano muy detallado del Unión Bank, que era el más importante de la comarca, aparte los grandes bancos federales que

estaban establecidos allí. Yo diría que el Unión era incluso más importante en la zona que los propios bancos federales. El plano era tan detallado que ni un arquitecto podía haberlo hecho mejor.

¿Por qué?

Bueno, no importaba. Yo no estaba allí para averiguar el trabajo que aquel tipo tenía que hacer. Aunque, bien pensadas las cosas, era natural que tuviese el plano. Uno de los trabajos del *deputy* y de sus agentes era sin duda proteger al Union Bank, razón por la cual —«elemental, querido Watson»— tenían que conocerlo.

Lo devolví todo a su sitio.

Me daba cuenta de que estaba perdido.

Pero era necesario continuar. Había quemado mis naves. O daba con la solución de todo aquello o me iba al maldito infierno.

Salí del callejón por el otro lado.

Y entonces vi a la mujer.

También parecía como si me estuviese esperando.

Pero ésta no llevaba ningún rifle del 22.

Llevaba un liguero del 98.

Los pechos le salían por encima de la blusa de tal modo que era imposible que con aquello pudiera conducir. Se cargaría el volante.

Ella susurró:

—Me llamo Naty.

—Encantado, Naty.

—Cincuenta dólares.

Yo parpadeé.

Ella no.

—¿A qué viene eso? —pregunté con un hilo de voz.

—Te he visto esta mañana hablar con Anna.

—Pues qué bien...

—Anna era una *amateur*.

—¿Sí?

—Una *amateur* de mierda.

—Pues vaya...

—Hacía la competencia a las profesionales de verdad. No había derecho. ¡Sentarse así enseñándolo todo con aquel descoco!

—¿Y movió los pechos que le salían por encima del vestido?

—¿Tú eres una profesional de verdad, Naty?

—Una profesional de cincuenta dólares. Y te advierto que tienes

suerte, porque la semana que viene, en cuanto los árabes suban el precio de su petróleo, yo subo también el precio de mi chumino. Además, se te han dado bien las cosas al encontrarme con la banderita del «Libre». Normalmente a estas horas no estoy nunca haciendo la carrera, sino durmiendo con algún cabrito. De modo que aprovecha.

La miré.

No era mi tipo.

Tetas demasiado grandes para piernas demasiado flacas.

Pero la profesional podía ocultarme por una noche. Y podía darme detalles esenciales sobre la gente de la ciudad. Bien mirado, sí que era posible que hubiese tenido suerte al encontrarme con sus parachoques y con su chumino que pronto iba a subir de precio.

—Tendrás un apartamento... —sugerí.

—Aquí al lado —indicó.

—Pues vamos.

Fuimos.

La casa estaba cerca. Tenía un coquetón ascensor en el que nos dimos tal meneo que por poco nos cargamos las puertas.

Yo tenía que dar sensación de entusiasmo, oigan.

Y no era tan difícil.

Lo malo era que, cada vez que Naty movía un pecho, me enviaba de estampida al otro lado del ascensor.

Nos dejamos caer en la cama.

La tal Naty era una profesional de alivio.

Lástima que yo no colaboraba demasiado.

Y es que uno no puede estar para el asunto cuando sabe que al día siguiente no va a encontrar sitio ni para dejar su cadáver.

Cuando terminamos, preparó dos *whiskys*.

Parecía sentirse a gusto conmigo.

—¿A qué has venido a Torrence? —preguntó, mientras me tendía uno de los vasos.

—Tengo que ver a una mujer en la ciudad.

—¿Anna?

Entorné los párpados. Naty no sabía aún que Anna estaba muerta. Por el momento, podía hablar del asunto con cierta libertad.

—No —dije—, lo de Anna fue casualidad. Yo quiero ver a una

chica llamada Margit.

—¿Te dedicas a buscar personas?

—Soy detective privado.

Ella se inclinó un poco hacia adelante y barrió materialmente la mesita con el pecho izquierdo. Un poco más y se carga la botella.

—Ove —masculló—, abre la ventana. En cuanto en esta habitación entra un policía, esto huele a mierda.

—No soy un policía.

—¿Pues qué?

—Un investigador particular. Más bien te diré que el *deputy sheriff* me puede perseguir por... por un pequeño asunto. Oye... ¿puedo quedarme aquí durante todo el día de mañana si te pago bien?

Ella hizo un mohín.

—Mañana tengo dos clientes —dijo—, pero tal vez me los sacuda de encima. No sé. Veremos... ¿Y quién es la tal Margit? Torrence es una pequeña ciudad. Es muy posible que a la tal Margit yo la conozca.

—En efecto, es muy posible. Creo que hacía lo mismo que tú.

—¿Trabajar con el chumino?

—Ejem... Me parece que sí. Pero no lo haría tan bien como tú, claro.

—Margit... Margit... ¿Cómo era?

Le mostré una foto.

—La recuerdo —dijo, después de examinarla unos momentos—. Sí... Seguro que la vi en Torrence al menos una vez. Yo diría que iba en compañía del doctor Mulder.

Arqueé una ceja.

—¿Tú conocías al doctor Mulder? —pregunté, dándome cuenta de que quizá estaba sobre el buen camino.

—Claro... En los últimos tiempos, vino bastante por aquí. Pero su trabajo normal no lo tenía en Torrence, sino en Niágara.

—¿Es que aquí tenía consultorio?

—No.

—¿Le llamaban clientes particulares y entonces él venía expresamente para la visita y se volvía a marchar?

—No estoy segura. En fin... De todos modos yo no tenía una opinión demasiado buena acerca del doctor Mulder.

—¿Te acostaste con él?

—Una vez.

—¿Y qué?

—Era un sádico.

Mis labios temblaron un momento. Me daba cuenta de que, en efecto, estaba sobre el buen camino, aunque no sabía dónde aquel camino me podía llevar. Naty era una mina, y por eso le pasé a través de la mesa un billete de cien dólares. Era un buen método para engrasarle la lengua.

—¿Un sádico? —musité.

—Sí. Le gustaba pegar con una correa a la mujer y todas esas cosas. Pero no lo digo sólo por lo que me hizo a mí. Bueno... Cuando leí en el periódico local que había muerto de accidente en Niágara, no me puse a llorar ni mucho menos. Tengo además la sensación de que jugaba sucio.

—¿Jugar sucio con quién?

—Con las otras mujeres.

—¿Otras mujeres? ¿Quiénes?

—Las que iban a morir.

Me estremecí un momento.

Naty había dejado de hablar.

Nos miramos fijamente.

Me pareció notar en mi nuca el peso del silencio.

Al fin susurré:

—¿*Las que iban a morir?*...

—Hay bastante gente que hace lo del doctor Mulder, pero él lo hacía de una manera distinta —susurró a su vez Naty, mientras se esforzaba para volver a encajar un pecho en su sitio.

—¿Qué es lo que hacía el doctor Mulder? —pregunte con un hilo de voz.

—Era especialista en cáncer.

—Lo sé.

—Mira, yo tengo una opinión. Ya sé que soy una tía de la calle, pero me fijo en las cosas de la vida. Hay algunos médicos que pueden ser auténticos mangantes y no se nota. Quiero decir que no tienen que saber gran cosa. Un reumatólogo, por ejemplo. Los reumatólogos te deshacen el estómago y te dejan ciego con sus salicilatos y sus cortisonas, pero no te curan nunca. No saben de qué

va, y sin embargo cobran mucho más que el pobre médico de familias al que llamas a las tres de la madrugada porque te estás muriendo y ése sí que no tiene más pelotas que sacarte del apuro. Sin que se lo agradezca nadie, además. Otros son los dentistas, un oficio que antes hacían los barberos mejor que ellos. ¿Y qué me dices de los especialistas en viejos? Cuando haces que la palme un viejo, nadie se queja. Todo el mundo lo comprende, y hasta a veces la familia te unta la mano con una propina. Pero los especialistas en cáncer son los que más me tocan el higo. Como te suelen coger cuando ya no tienes remedio, no se hacen responsables de nada. No necesitan tampoco saber gran cosa. Sólo ayudarte a bien morir. Y eso es justamente lo que hacía el cabrón de Mulder.

La pechugona se estaba yendo de la lengua, pero no iba a ser yo quien la frenase. Con voz pausada pregunté:

—¿El doctor Mulder se dedicaba a dar a sus clientes una muerte tranquila?

—¿Y qué piensas que hacen otros?

—Sí, ya me hago cargo —dije.

—Pero lo de Mulder era especial —añadió.

—¿En qué sentido?

—Su clientela la formaban mujeres casi exclusivamente. Quizá porque decía que era especialista en cáncer de matriz.

—Ah...

—Pero Mulder no sólo les aliviaba los dolores. Hacía algo más. Por lo menos ésa es la sensación que tengo, ¿sabes? Y creo que no me equivoco. Mulder procuraba dar a esas mujeres las satisfacciones que nunca habían tenido. Si ansiaban beber, las emborrachaba. Si querían probar la droga, las empapurraba hasta los ovarios. Si querían darle gusto a lo que hay entre las piernas, les proporcionaba hombres o hacia los trabajitos él mismo.

El *whisky* se me encalló en la garganta.

—Supongo que quieres decir que se acostaba con ellas —musité—. Entonces debía pasarlo mal, en algunos casos.

—No. Sólo se acostaba con las que le interesaban a él. Era un beneficio marginal que obtenía. Y creo que hasta montó verdaderas orgías en algún sitio, haciendo pagar a hombres influyentes para que participasen en ellas. ¿Pero por qué demonios te cuento esto? ¿Qué te importa?

Deslicé otro billete, éste de cincuenta.

—Me importa porque Margit era una de esas mujeres —susurré.

—Pues entonces olvídala. Si cayó en manos de Mulder, ya no tenía salvación. Debió morir sin enterarse. Quizá acabó borracha. O drogada. O empitonada por dos tíos, uno por detrás y otro por delante. En fin... —Hizo un gesto de hastío—. No creas que te estoy mintiendo. Todo esto me lo contó también una chica llamada Evelyn.

—¿Evelyn? ¿Quién es?

—Una del oficio. Parece que vio una de esas orgías. No le gustaba hablar de ello, pero una noche me lo soltó. Luego no ha vuelto a mencionarlo. Evelyn es una chica muy reservada.

—Pero esa noche que dices no fue reservada, ¿verdad? Esa noche se le soltó la lengua. ¿Y qué fue lo que te contó?

—Bueno... Parece que un tío con dinero largo la había alquilado para pasar la tarde juntos. Evelyn sabe hacer bastantes cosas, es una crápula, deja a los tíos hechos migas, pero con ganas de repetir. Por eso tiene clientes ricos. Y, sin embargo, aquella tarde el manso la dejó plantada. ¿Por qué? Evelyn quiso averiguarlo. No es de las que se resignan a perder quinientos pavos así como así. Pudo saber que el manso había recibido una invitación para ir a una orgía, pagando dinero largo. Le costó trabajo conocer el sitio de la fiesta, pero al fin lo supo. Era una casa aislada, cerca de aquí. Pudo espiar un poco.

—En fin —susurré—, que al tío que la había contratado le pareció mejor una tarde en una orgía que una tarde con Evelyn, ¿verdad?

—Eso es. Se ve que era una fiesta por todo lo alto. Tres mujeres, una de ellas Margit. Y las tres para el mismo hombre, para el que estaba dispuesto a soltar la pasta. ¿Sabes lo que te digo? Para mí la cosa está clara: el tal Mulder, el muy cabrón, seleccionaba mujeres ya muy enfermas, pero que conservaban un aspecto atractivo. Mujeres que estaban dispuestas a olvidarse a toda costa de que iban a morir. Mulder elegía las drogas, las convencía, las ponía en situación y no sólo se las zumbaba él, sino que las prostituía. Debió de sacar mucha pasta con las fiestecitas esas que te digo. Pero Evelyn no me quiso decir más.

La cosa era sucia y pestilente, pero al menos estaba clara.

Mulder sacaba provecho de todo.

Naty lo había dicho: «Un cabrón».
Pero los cabrones también mueren.
Mulder estaba en el infierno.
Y Margit, ¿dónde estaba?
Muerta, sin duda.

Pero yo no podía cerrar el caso sin encontrar la ubicación de su tumba. Ésa era mi misión.

¡Una misión imposible, en una pequeña ciudad donde me buscaban para dejarme seco! Pero intenté aparentar la mayor tranquilidad cuando pregunté:

—¿Dónde vive Evelyn?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Está bien claro: te he dicho lo que busco. Quizá ella me pueda dar unos detalles que no me puedes dar tú.

—Evelyn se fue de la ciudad.

—Mierda.

—Pero sé el pájaro que estuvo en esa fiesta, en ésa orgía. Evelyn me lo contó todo en un momento de confianza. Y yo te daré su nombre si escupes veinticinco pavos más.

—Hice una mueca.

La tía me estaba saliendo muy cara.

Pero lo mismo daba. Pagaba el muerto.

Escupí los dólares.

Naty pareció satisfecha. Y, como les ocurre a muchas mujeres de su oficio, el dinero la ponía cachonda. De modo que susurró:

—Ven, vamos a hacer un trabajito.

Salí de allí casi a rastras.

Y menos mal que funcionaba el ascensor, porque de lo contrario me tienen que sacar de allí con una grúa.

CAPÍTULO VIII

Me deslicé entre las sombras.

La ciudad entera era una encerrona para mí.

Pero al menos sabía adónde iba. Y, si actuaba con rapidez, podía tenerlo todo solucionado antes de que me echaran el guante.

Conocía el nombre del pájaro que estuvo en lo orgía.

Se llamaba Spotman.

Quizá él fue la última persona en ver a Margit con vida, al margen del doctor Mulder.

Y lo del cerdo de Mulder se me aparecía cada vez más claro.

Explotaba a aquellas mujeres.

Como no eran profesionales y además resultaban bonitas, debía haber tíos de pasta larga que se encaprichasen con ellas. Y que le untaban bien las manos al doctor Mulder.

Éste, además, cobraba de sus pacientes.

Negocio redondo.

Unas mujeres ya sin fuerza moral, y además drogadas, debían prestarse a todo en la cama.

Y, cuando ya no le hicieran falta, Mulder precipitaría su muerte.

Así de sencillo.

Pero quería que Spotman me aclarase las cosas más.

Tal vez él sabía dónde estaba enterrada Margit. Y, caso de saberlo, lo diría. Me lo contaría todo. Porque, según Naty, era un hombre casado, y estaría dispuesto a mover siete veces la lengua antes de que su mujer conociera lo divertido que era el tío fuera del lecho conyugal.

Las sombras me rodeaban cuando llegué a su casa.

Era un elegante chalet en la zona residencial de Torrence.

Lo miré desde el otro lado de la calle, mientras pensaba en el modo de abordar a Spotman a aquellas horas sin que el tío se pusiese a lanzar alaridos. No se me acabó de ocurrir nada en el

primer minuto.

Y en el segundo minuto menos.

Porque, en el segundo minuto, el cañón de un rifle se clavó en mi espalda.

Sentí un estremecimiento.

«El *sheriff*» —pensé.

Y empecé a pensar en qué sitio de Torrence me gustaría ser enterrado.

Pero una voz desconocida musitó:

—Soy el vigilante de esta zona. ¿Qué hace usted aquí?

En muchas zonas residenciales, los vecinos pagan un vigilante porque de lo contrario los ladrones se les llevarían hasta el perro. Me volví y traté de sonreírle al tipo mientras musitaba:

—Tenía una cita a últimas horas de la noche con el señor Spotman, pero he llegado tarde. Mi coche se estropeó. Y de todos modos he venido aquí por si él había decidido esperarme hasta la madrugada.

El guardián, que no me conocía, bajó el rifle poco a poco, viendo mi cara de buen chico. —Imposible que le haya esperado— musitó—. El señor Spotman y su mujer son las personas más metódicas del distrito. Se acuestan siempre a las diez.

—¿Y a qué hora se levantan? Lo digo para poder atrapar al señor Spotman antes de que se vaya al trabajo. Es importante lo que tengo que decirle.

—Vuelva antes de las ocho y media. A las nueve en punto, el señor Spotman está en su despacho del Union Bank.

—¿Cómo dice?

El guardián pestañeó.

—El Union Bank —dijo—. ¿Qué le pasa?

—Nada... Nada absolutamente. Perdone.

—Si usted conoce al señor Spotman, lo lógico es que sepa que dirige el Union Bank desde hace dos años.

—Precisamente por eso... no creí que entrase a trabajar tan pronto.

—Usted no sabe lo que son los banqueros, amigo.

—No... Seguro que no. Trato poco con ellos.

—El Union Bank está en plena expansión y por eso hay que trabajar mucho en él. Sobre todo desde hace seis meses.

—¿Por qué desde hace seis meses?

—¿Es que usted no ha estado nunca en Torrence? —preguntó el guardián, bizqueando.

—Estuve... hace muchos años.

—Bueno, pues ha cambiado mucho. Está lo de la central nuclear. Van a construirla cerca. Los vecinos nos oponemos a ella.

—Lo entiendo.

—Se había depositado ya mucho dinero para eso. El Union Bank lo centralizó todo. Y de repente ha quedado todo parado, lo cual causa muchas preocupaciones al señor Spotman.

—Lo comprendo. Y gracias por todo lo que me dice... Volveré sobre las ocho.

Fui a avanzar hacia el otro extremo de la calle, que estaba unido en la oscuridad. Me convenían los sitios oscuros, eso es tan lógico como beber cerveza con un frankfurt. Pero el guardián, quien no sabía que yo estaba metido en el mejunje hasta las pelotas, me advirtió:

—No vaya por ahí. La calle termina en un descampado y más allá del descampado no se encuentra otra cosa que el cementerio.

—Vaya sitio... —dije.

—Además, está abandonado. Quiero decir... muy descuidado. Nadie se ocupa de limpiarlo ahora. Cuando había que adecentar algo o enterrar a una persona, el doctor Mulder traía gente de fuera. Mi garganta se tensó.

—¿El doctor Mulder? —dije.

—Sí. Murió en Niágara. Lo atropelló un camión o algo así.

—Lo sabía. ¿Pero qué tenía que ver él con el cementerio de una pequeña población como Torrence?

—Parece mentira que no lo sepa. Aquí se muere poca gente.

—Mejor —dije.

—Una funeraria no es negocio.

—¿Y qué? —susurré.

—Por eso hay funerarias comarcales. Agrupan los servicios de tres o cuatro ciudades como ésta. El doctor Mulder era el dueño de la funeraria comarcal.

Intenté sonreír.

Pero otra vez sentía frío en la espina dorsal.

—Extraña actividad marginal para un médico, ¿verdad? —

susurré.

—Bueno... El aquí tenía pocos clientes. En los últimos tiempos tuvo tres o cuatro solamente.

—¿Mujeres?

—¿Cómo lo sabe? —musitó el tío.

—Ya le he dicho que conocía a Mulder.

—Pues sí. Mujeres que estaban mal, aunque no lo parecía. Mulder las ayudó a morir en paz.

—O sea que la diñaron...

—¿Y por qué no? ¿Qué se puede esperar de un cáncer?

—Claro —dije, encogiéndome de hombros—. En fin, gracias por sus informaciones, amigo. Volveré pronto para ver al señor Spotman.

Y me largué no hacia la zona oscura, sino hacia la zona de luz. Pero apenas el tío me perdió de vista, cambié de dirección.

Iba hacia el cementerio.

Tenía en aquel momento dos ideas fijas dándome vueltas en la cabeza. Dos obsesiones que no me dejaban pensar en nada más.

La primera era; ¿qué demonios tenía que ver el Union Bank con todo aquello?

Porque se trataba de una maldita casualidad.

Quizá ustedes no le hubieran dado importancia. Lo anoto en mi Diario pensando esto: que se trataba solamente de una mera casualidad.

Pero el hombre que había tratado de matarme y al que yo había matado al fin, llevaba un plano muy detallado del Union Bank. Spotman era el director gerente del Union Bank, que además se hallaba en plena fiebre de negocios a causa de la discutida central nuclear. Demonios... pura casualidad, ya lo sé. Pero de todos modos no me quitaba la idea de la cabeza.

La segunda obsesión tenía otra cara. Era la cara del doctor Mulder, siempre el pestilente doctor Mulder. Resultaba que no solamente se dedicaba a las actividades que yo había logrado ya descubrir, sino que además era el dueño de la funeraria comarcal. Por lo tanto se podía haber ocupado *él mismo* de hacer enterrar a las tres mujeres a las que trató. ¿Asesinándolas luego, cuando no las necesitaba?

La cabeza me daba vueltas.

Pero no debía seguir pensando.

Ya estaba en el cementerio, después de dar un largo rodeo.

Una gran masa de chopos lo separaba del barrio residencial donde vivía Spotman, de tal modo que los tipos de aquella zona no viesen las lápidas cuando chingaban con su mujer o se preparaban el desayuno.

A la luz de la luna, miré las tumbas.

No eran muchas. Como bien había dicho el guardián, la gente de Torrence se moría poco. Como el cementerio debía tener sólo unos veinte años, no contenía más allá de un cuarto de millar de fiambres, cifra proporcionada a la escasa población de la ciudad.

Fue precisamente el escaso número de lápidas lo que me permitió encontrar aquellas tres. Estaban en sitios dispersos. Pero los nombres y las fechas cantaban; todo estaba clarísimo para un hombre como yo, que había atravesado las últimas fronteras del asombro y hasta las últimas barreras del horror.

Me di cuenta de que acababa de terminar el caso.

En una de las lápidas estaba el nombre de Margit.

En otro el de una tal Sigrid.

En la última, el de una tal Moira.

Tres mujeres. Tres muertas de cáncer. Tres seres humanos que habían atravesado la última frontera, después de haber sido utilizados como animales de feria, cuando creían estar viviendo intensamente todos los placeres de este mundo.

Hice una mueca.

Caso cerrado.

Ya había *encontrado* a Margit.

Me podía largar de allí.

Y decidí hacerlo de noche, enseguida, antes de que todos me acorralaran en la pequeña ciudad.

Para que nada me faltase, las fotografías en esmalte de las tres muertas estaban sobre las lápidas. Reconocí a Margit muy bien. A las otras dos —Sigrid y Moira— no las había visto nunca antes de aquel momento, pero eso poco importaba. No eran más que dos muertas. Mejor olvidarse de ellas para siempre.

Salí del pequeño cementerio.

Y, por supuesto, no pensé ni por un momento en usar el coche que me había traído hasta Torrence.

Primero, porque estaba ya para el desguace.

Segundo, porque el *deputy* lo había visto, sabía cuál era, y debía tener a uno de sus agentes apuntando hacia allí con un lanzallamas. En cuanto yo trate de sentarme al volante... ¡zas!... cabrito a l'ast.

Por lo tanto me dirigí hacia la pequeña estación. Confiaba en que pasaría por allí algún tren de carga al cual engancharme. Por supuesto que el *deputy* también habría colocado vigilantes entre los raíles, pero no le sería posible vigilarlo todo entre las sombras.

Me deslicé con el silencio de un gato.

Sentía una honda decepción. A ningún detective, aunque sea un detective tan tronado como yo, le gusta que su caso acabe ante una tumba.

Crucé la carretera, porque un poco más allá se distinguían las luces de la estación, por encima de una valla.

Y en aquel momento los faros, proyectándose de repente sobre mí, me dejaron casi ciego.

Vi brillar tenuemente, no obstante, la estrella de cinco puntas del *deputy*.

Y vi también el brillo del cañón del rifle.

Y ahora sí que el relampagueo del disparo acabó de dejarme ciego.

CAPÍTULO IX

Uno nota cuando tiran contra él a matar. No se había producido ningún aviso, ninguna voz, ningún «alto». El *deputy* acababa de verme durante un par de segundos y eso le había bastado para apretar el gatillo, queriendo quitarme de en medio. Pero no lo había conseguido esta vez.

Las sombras le jugaron una mala jugada al *deputy*. No pudo precisar bien los contornos de mi figura. La bala me pasó rozando.

Pero yo estaba perdido. La segunda bala acabaría conmigo. Me arrojé a tierra sabiendo que era inútil resistir.

—¡Está bien! —grité—. ¡Me rindo!

Me había caído con todo el equipo, pero eso era mejor que acabar con una bala entre las cejas.

No obstante oí la palanca del rifle al ser cargado por segunda vez.

Tenía el *deputy* a menos de un paso. Me apoyó el cañón del rifle en la frente. Y fue entonces cuando supe que iba a disparar, que iba a volarme la cabeza, que me iba a convertir mis sesos en alimento para gatos.

No tenía ningún derecho.

Era un asesinato, puesto que yo acababa de rendirme.

Pero me bastó ver sus ojos para saber que yo iba a morir.

Y no podía defenderme.

Curiosamente, no me importó.

Solamente pensé, como en un ramalazo fugitivo, que era la cosa más absurda que me había ocurrido en mi vida.

Pero en aquel momento alguien apartó bruscamente el cañón de mi cabeza.

—No puede hacer eso, *deputy* —dijo una voz.

Sin duda era uno de los ayudantes, un tipo desconocido que me

acababa de salvar la vida. El *deputy* masculló:

—Déjame... Es un sucio asesino.

—¿Asesino? ¿A quién ha matado?

El *deputy* no lo dijo.

Y fue ésa otra de las cosas que me extrañaron, otra de las cosas que no pude entender. Si yo había matado aquella misma noche a uno de sus agentes, ¿por qué no decirlo?

¿Por qué callaba?

El *deputy sheriff* barbotó entonces:

—Ha escapado de la cárcel.

—Lo sé muy bien —susurró el ayudante—. Por eso lo buscábamos. Pero se ha rendido y lo vamos a devolver allí.

—Soy yo quien manda —masculló el *deputy* con una voz que no parecía la suya, mientras sus ojos se clavaban en mí con un indefinible odio.

Pero el ayudante que me había salvado ya una vez, siguió salvándome. Oí su voz metálica:

—Manda en todo menos en lo de matar a un hombre que se ha rendido, *deputy*.

—De acuerdo... De acuerdo, Joe, no he pretendido matarle... Eran los nervios. Vamos a llevarle a la cárcel otra vez.

Noté que la voz era forzada, chirriante. Y la próxima orden del *deputy* me hizo estremecer.

—Acerca el coche, Joe. Yo lo vigilaré mientras tanto.

—De acuerdo. Voy.

Le sujeté por un tobillo antes de que se alejase. En ese decisivo momento yo no tenía miedo, pero sabía muy bien lo que me jugaba. Susurré:

—Si no quiere ser cómplice de un asesinato, no me deje solo con él mientras usted busca el coche, Joe.

—¿Por qué?

—Me va aplicar la ley de fugas.

—¿Quiere decir que lo matará con el pretexto de que ha tratado de huir?

—Lo adivinó, Joe. Eso es justamente lo que quiero decir.

—¿Pero se da cuenta que está llamando asesino al *sheriff*?

—No me importa lo que le llame. Acúseme de eso si quieren. Pero lo que sé es que me matará cuando usted vuelva la espalda,

Joe.

El *deputy* lanzó una maldición.

Otra vez estuvo a punto de apretar el gatillo, pero no se atrevió. Tenía un testigo al lado. Al contrario, lo que hizo para quitarle hierro al asunto fue encogerse de hombros y mascullar:

—No importa, seré yo quien traiga el coche. Pero no le pierdas de vista un momento, Joe, y dispara si se mueve. Ese gusano está loco.

—¿Loco por qué?

—Ve cosas que no existen.

Yo supe a lo que se refería. A la escuela en lo alto de la colina, a aquella escuela que, según él, sólo existía en mi imaginación. De modo que yo era un loco.

Los pensamientos se me paralizaron de pronto. El *deputy* se estaba alejando en dirección al coche, cuyos faros encendidos nos deslumbraban un poco a todos. Se encontraba situado a unas quince yardas. Joe se volvió un momento hacia él mientras advertía:

—Mejor que encienda las luces cortas, jefe. Con las largas no se ve apenas nada.

Y era verdad.

Todo dependía de una décima de segundo.

Joe estaba distraído.

Aquello no duraría nada.

Pero yo aproveché.

Di un golpe a Joe detrás de la rodilla. Fue instantáneo, preciso. No le hice demasiado daño, pero lo envié por tierra.

Lanzó un gruñido.

Disparó.

La bala rebotó en el asfalto de la carretera y me rozó la cabeza mientras yo saltaba hacia atrás. Creo que nunca había sido tan ágil. La desesperación me dominaba. Di una vuelta de campana en el aire, buscando la masa de árboles ignorados que estaba más allá de la carretera.

Y, en aquel momento, las luces largas del coche se convirtieron en mis aliados. Me enfocaban perfectamente, pero al mismo tiempo deslumbraban a los agentes de la ley. Ésa fue mi arma. Dos balas más, éstas del *deputy*, se perdieron en el vacío mientras yo daba un segundo salto hacia los árboles.

Me perdí entre ellos.

Noté una cosa blanda en mis pies.

Estaba rodando por entre la hierba.

Oí nuevos disparos, aunque ahora las balas pasaban muy altas. Un tractor estacionado en medio del campo me sirvió de parapeto mientras seguía corriendo hacia un camino secundario.

Corría a tal velocidad que me quemaban los pulmones, pero sin embargo mi cerebro no dejó de funcionar. Comprendí que darían conmigo si no empleaba la audacia, y la audacia consistía en volver a la ciudad. Era el único sitio donde no se les ocurriría buscarme. Tenía que volver sobre mis pasos.

Y lo hice. Casi me crucé con mis perseguidores mientras ellos pasaban junto al tractor. Ellos lo ladearon por la izquierda y yo por la derecha. Mientras ambos corrían hacia el camino secundario, yo atravesé de nuevo la carretera y me situé en las calles de Torrence.

Seguía vivo.

Le había dado por el saco al *deputy*.

Pero ¿por cuánto tiempo?

No me quedaba más remedio que ocultarme en alguna casa de la ciudad, ya que llegar hasta la estación era una locura. Y en unas circunstancias como las mías, podía hacer cualquier cosa menos dudar.

Por eso me colé por la primera ventana que vi abierta.

Me lo tenía que jugar todo a una carta.

Noté que estaba en una habitación oscura. Pero más allá había un corredor iluminado a medias. Y también una puerta entornada. Y más allá de la puerta entornada se distinguían unos rayos de luz.

Empujé la hoja de madera.

Esta produjo un chirrido.

Y entonces tuve la sensación de que se me helaba la sangre en las venas. Bruscamente me dominó otra vez la sensación de lo sobrenatural.

Porque allí estaba Margit.

Y Sigrid.

Y Moira.

Sus caras flotaban en la penumbra.

CAPÍTULO X

La sensación de que quizá tenía razón el *deputy* me dominó durante unos segundos que se me hicieron interminables. Era verdad. Quizá el *deputy* tenía razón al pensar que yo estaba loco. Veía cosas que no existían.

La voz preguntó entonces a mi espalda:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

Era una voz de hombre.

No parecía amenazante.

Me volví.

Y en aquel momento las luces de la habitación se encendieron del todo. Me di entonces cuenta de que la imaginación me había jugado una mala pasada. Las caras de Margit, Sigrid y Moira estaban allí, pero no flotaban en la penumbra. Me miraban desde tres retratos colgados de, la pared frontera. Estaban igual que en las tumbas.

Pero eso no dejaba de plantear también un interrogante que en cierto modo era diabólico: *¿Por qué estaban allí?* Intenté hallar inútilmente la respuesta durante unos segundos, mientras clavaba mis ojos en el hombre que me estaba mirando a su vez. Era un tipo sesentón, con aspecto pacífico, que cuando yo entré estaba tomando apuntes a la luz de la pequeña lámpara de su mesa. Llevaba unas gruesas gafas. Si yo hubiese tenido que dibujar a un profesor universitario típico, le habría elegido como modelo a él.

—¿Quién es usted? —repitió.

No me quedaba más remedio que confiar. Por eso se lo dije:

—Me persigue el *deputy*.

—¿Le persigue? ¿Por qué razón?

—Me ha confundido con otro y está dispuesto a disparar. En este momento no puedo andar con explicaciones. Se ha puesto demasiado nervioso. Si me ve y trato de hablarle, es capaz de

apretar el gatillo.

No sé si el desconocido me entendió del todo, pero al menos se mostró acogedor. Me indicó que me sentase.

—¿Trata de decir que es mejor dejar un poco de tiempo para que el *deputy* se calme? —preguntó.

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir. Mañana por la mañana me entregaré. Y quiero darle a usted la garantía de que no le va a pasar absolutamente nada.

Mostré mi credencial de detective privado.

—Para que vea que me ha confundido con otro —dije—. Yo soy un hombre honrado. Todo lo que está pasando en la ciudad esta noche obedece a un error.

El desconocido se tranquilizó. Vino a sentarse frente a mí mientras apartaba los apuntes en los que había estado trabajando, unos apuntes que consistían en docenas y docenas de fórmulas matemáticas.

—Me llamo Donald —dijo—, profesor Donald.

—Yo me llamo Mark. Trabajo en Nueva York, para la famosa compañía de detectives privados «La Estrella».

La famosa compañía de detectives privados «La Estrella» era más famosa en

Sing-Sing

que en otros sitios, pero eso me lo callé.

—Yo trabajo para la Universidad de Yale —me informó Donald.

—¿En qué?

—Radiactividad.

Hice una mueca, mientras trataba de sonreír. Quizá era sólo porque me estaba ayudando, pero yo sentía una viva corriente de simpatía por aquel hombre.

—Es extraño que usted trabaje en radiactividad en una ciudad tan pequeña como Torrence —dije.

—¿Y por qué?

—No sé... Parece que los estudios de radiactividad exigen grandes instalaciones. Es la idea que tiene la gente.

—Falso. Cuando se trata de investigaciones teóricas sólo hace falta un papel y un lápiz.

—¿Entonces está usted estudiando por su cuenta?

—Yo estoy estudiando por cuenta del Estado en una

investigación que creo es de gran importancia.

—¿Y ha de hacerlo precisamente en Torrence?

—No podría hacerlo en ningún otro sitio.

—¿Por qué?

Donald me miró con la expresión distraída del tío que ya está pensando en otra cosa. —No puedo decírselo— musitó—. Nadie en la ciudad lo sabe y a nadie le interesa. Lo único que sabe todo el mundo de Torrence es que voy con frecuencia al Union Bank.

Eché la cabeza para atrás.

Maldita sea, otra vez.

La maldita casualidad.

¿Casualidad?

—¿Por qué al Union Bank? —susurré.

—Soy técnico en medidas de seguridad.

Tuve la sensación de que mentía.

—¿Qué tienen que ver las medidas de seguridad de los Bancos con la radiactividad? —pregunté.

—Eso es algo que no le afecta, Mark. ¿Quiere beber algo? Ya que está en mi casa, considérese mi invitado hasta que amanezca.

Y se levantó para acercarse a una bandeja de acero donde había unas botellas y unas copas. Yo tuve entonces otra vez la sensación de que todo daba vueltas en torno mío, de que estaba dominado por la más absoluta irrealidad. Las cosas que coincidían en el Union Bank, los retratos de las mujeres muertas, el colegio que yo recordaba de mi infancia y que no había existido nunca... Torrence se había transformado para mí en la ciudad del misterio, en una especie de ciudad de la niebla.

—Ya sé —dije de pronto.

Donald se volvió.

—¿Qué es lo que sabe, Mark? ¿Qué dice?

—En Torrence tenía que construirse una central nuclear —expliqué—, y en el Union Bank se guardan grandes cantidades de dinero para las obras, pero ese dinero está aún ahí porque los vecinos se oponen a que las obras empiecen. ¿Me equivoco? ¿Es eso?

—No —dijo—, no se equivoca, Mark, e incluso le diré que gran cantidad de ese dinero está depositado en metálico. Me refiero a lingotes de oro con el sello oficial del Estado. El Union Bank los

pidió cómo garantía de la operación.

—No me importa —susurré—, no pienso llevármelos. Lo que trato de decirle es que usted está relacionado con la central nuclear.

—No.

—Pues no lo entiendo.

—Nadie le pide que lo entienda, Mark.

Y me pasó una botella. Aquel tipo me inspiraba confianza, a pesar de que yo tenía la sensación de haberme metido en mi propia tumba. Y esa sensación era debida a una cosa muy clara:

Los retratos de las mujeres muertas.

El debió notar que aquellos retratos me obsesionaban. Siguió mi mirada. —¿De qué conoce a esas muertas?— preguntó con un hilo de voz.

CAPÍTULO XI

Volví la cabeza.

Tomé la botella de *whisky* casi sin darme cuenta.

Y bebí a chorro.

Era una guarrada, pero sólo cuando el *whisky* quemó mis entrañas empecé a sentirme mejor. Donald meneó benévola mente la cabeza mientras decía:

—Bebe como lo que es, como un detective privado.

—Leches, sí. Claro que sí.

—Pero en realidad lo hace porque tiene miedo.

—¿Miedo?

—Me he fijado en su modo de mirar a esas mujeres muertas.

—¿Cómo sabe que lo están?

—Bueno, yo vivía aquí cuando llegaron —explicó.

—¿Sabe que eran pacientes del doctor Mulder?

—Por lo que veo, usted lo sabe también —susurró Donald—. Usted lo sabe todo.

—A medias.

—Esas mujeres no me importaban —dijo el profesor—. Yo soy un científico, es decir, un aburrido y un pelmazo. Todo el mundo sabía que se encontraban en el último grado de cáncer, aunque podían hacer vida casi normal gracias a las drogas que les administraba Mulder. Mulder las ayudó a bien morir, eso es todo.

Cuando les llegó la hora, aunque no fue precisamente en esta ciudad, Mulder se ocupó de que las enterrarán. Bueno, de que las quemaran y sepultaran sus cenizas. Eso es lo que reposa bajo las lápidas en el cementerio de Torrence.

—Entonces, ¿por qué tiene sus retratos aquí?

—Porque vivían en esta casa.

—¿Las tres?

—¿Y por qué no? —susurró Donald.

Bebí más *whisky*, mientras hacía una mueca.

—Tiene razón —dije—. ¿Por qué no? Pero a ver si me lo explica. ¿Usted se trasladó aquí después de que ellas murieran?

—Sí.

—¿Por qué razón?

—Oiga, Mark, pregunta usted más que el *deputy*.

—Por favor, contésteme. No es que tenga mucha importancia, pero he tenido suerte al encontrarle a usted y por eso se lo ruego: contésteme.

—Es sencillo. Esta casa la alquilaban y me pareció muy confortable. Se está aquí mucho mejor que en el hotel, ¿comprende? Y más tranquilo. De modo que no toqué nada, lo dejé como lo tenían ellas, pero me trasladé al club.

—¿El *club*? —susurré.

—Sí. Así lo llamaban en la ciudad. Las damas de la Liga de la Decencia estaban escandalizadas. Por aquí habían desfilado unos cuantos hombres que encontraban facilidades en mujeres dispuestas a conocerlo todo antes de morir. A mí me parece repugnante, pero supongo que así es la vida y así es la muerte. De todos modos, a algunos directivos del Union Bank no les miro apenas a la cara desde entonces.

Otra vez el *whisky* subió y bajó en mi garganta.

—¿Union Bank? —musité.

—Sí. Dos o tres directivos eran los que más venían.

—¿Spotman? —dije.

—Spotman y otros.

Tragué saliva.

Otra vez mi cabeza daba vueltas.

Infiernos.

¿*Casualidad*?

—De modo que esto era el club —musité—. El club de las mujeres muertas.

—Puede darle ese nombre si quiere, Mark. Aunque no me gusta.

Me puse en pie, fui hacia una mesa donde había viejas fotografías y las revolví. Todo debía estar igual que cuando las mujeres lo dejaron para siempre, lo cual era en cierto modo lógico porque un científico como Donald sólo se ocuparía de sus fórmulas y no de cambiar cosas de sitio. Pero una honda tristeza me invadió;

me dominó esa pesadumbre de saber que estaba en una especie de cementerio, que en el camino que estaba pisando acababan de coincidir mis huellas con las de la muerte.

—El *sheriff* cree que estoy loco —musité.

—¿Por qué?

—Dice que sufro alucinaciones, que veo cosas que no existen.

Y aparté otra foto amarillenta por los años.

Entonces mis párpados sufrieron una sacudida.

Entonces me di cuenta de que no estaba loco, de que no lo había estado nunca.

Me volví con la lentitud de una momia.

Mi mirada estaba perdida.

—¿El *deputy* es soltero? —pregunté.

—Sí —dijo Donald.

—¿Dónde vive?

—¿Por qué quiere usted saberlo, Mark?

—Se lo ruego, contésteme: ¿dónde vive?

—A poca distancia de aquí, en la calle Durham, en el número 26. No tiene más que doblar la esquina.

—Gracias —susurré.

Y fui hacia la puerta.

Donald bisbiseó:

—Oiga... ¿es que va a buscarle? ¿Pero qué le pasa? ¿No me ha dicho antes que ese hombre está muy nervioso y va a disparar?

—Claro —musité—, pero no va a poder conmigo. Ahora sé todo lo que tenía que saber.

Y salí.

Iba a detener al *deputy*.

Claro que iba a hacerlo, maldita sea.

Y, si hacía falta, me lo cargaría. Me lo llevaría por delante. Le llenaría de agujeros todo lo que tenía debajo del ombligo.

No iba a perdonarle después de saber que él había sido algo así como el fundador del club de las mujeres muertas.

CAPÍTULO XII

Nunca me había sentido tan audaz, nunca me había guiado una fuerza tan extraña y tan secreta. Había llegado a la última frontera y quería atravesarla. No me detendría.

La casa del *deputy* estaba a oscuras. Empleé mi pequeño juego de llaves maestras del que no me habían desposeído porque lo llevaba oculto detrás del cinturón, y forcé la cerradura. Una oscuridad caliente y espesa me sorprendió. No se oía ni un sonido en toda la casa. Ahora sí que tuve de verdad la sensación de que había penetrado en lo más hondo de una tumba.

Mi instinto me guiaba.

Me he encontrado en muchas situaciones malditas, y por eso sé moverme incluso en los ambientes más pútridos. Aquél lo era. Sin tropezar con nada, igual que un gato, me deslicé por el vestíbulo y penetré en un despacho. Seguía sin verse a nadie, seguía sin oírse el menor ruido.

Tanteé la mesa.

Necesitaba un arma. Había perdido la anterior en la huida. Por todos los diablos del infierno.

Por todos los cuernos de todos los casados de Nueva York.

Por todas las putas de Harlem.

Necesitaba un arma.

Me atreví a encender una pantalla sobre la mesa, y una luz que proyectaba apenas dos puntos se extendió sobre la pulida superficie de nogal. Estaba en el despacho del *deputy*.

Abrí uno de los cajones y encontré lo que necesitaba; una «Baretta».

Perfecto.

Me pareció entonces oír ruido al otro lado de la puerta.

Y no vacilé.

Tenía que ser el *deputy* el que estaba allí. Por eso empujé

suavemente la hoja de madera.

Y la luz pareció estallar entonces en mis ojos.

La habitación estaba muy bien iluminada.

Fue como un chasquido.

El *deputy* se volvió.

Sus facciones estaban desencajadas.

Pero aún se desencajaron más cuando vio la «Baretta» clavándose entre sus cejas. Sabía que era suya, sabía que estaba cargada y que era un arma eficaz. Casi cayó sobre la mesa en que estaba buscando unos papeles cuando yo le sorprendí. Respiró agitadamente, a punto de lanzar un grito.

—Más vale que no lo hagas —musité—. Guarda tu saliva para la conversación que vamos a tener. Porque tú y yo tendremos una conversación muy larga.

Le quité el revólver reglamentario que llevaba al cinto. Le obligué a sentarse mientras mi pistola casi le acariciaba las cejas.

—Estás loco —bisbiseó—. Completamente loco...

—No tanto, amigo. Tú querías realmente hacerme creer que estaba loco, que era una especie de visionario y que la ciudad me sentaba mal, en pocas palabras. Querías que me largase. Por lo tanto me dijiste siempre que nunca había existido una escuela en la colina, cuando la realidad es que existió, aunque ahora no queden ni los cimientos. Lo acabo de ver a poca distancia de aquí, en una vieja fotografía.

No contestó.

Sus facciones se habían ido volviendo de un color verdoso.

Yo proseguí con voz lenta:

—Nadie nos va a molestar aquí, de modo que tenemos tiempo. Y te diré lo que pienso de todo esto. Te diré que yo te molestaba en la ciudad, porque no querías que nadie metiese las narices en lo del doctor Mulder. Te diré que tú mataste a Mulder en un «accidente». ¿Por qué? Ya no te interesaba. Tenías miedo de haber llegado demasiado lejos. No sé a cuántas mujeres habréis explotado y prostituido entre los dos, pero con Margit, Sigrid y Moira pensasteis que quizá habíais extremado demasiado las cosas. Por eso las «ayudasteis» a morir rápido. Por eso liquidaste a Anna, ya que no sabías si yo me había puesto de acuerdo con ella para que me orientase en las investigaciones. Por eso trataste de liquidarme a mí,

facilitándome la fuga de la cárcel y haciendo que un sicario disfrazado de agente de la ley me esperase con un rifle del calibre 22 a punto... Lo que habéis hecho es sucio, indigno, miserable, rastrero... Aprovecharse de unas mujeres a las que faltaba poco para morir es lo más pútrido que he visto. Y dime... ¿os aprovechasteis también de su dinero? ¿Tenían ellas dinero con el que os habéis quedado? ¡Habla!

El *deputy* no pudo.

Estaba más verde cada vez.

Yo hubiese jurado que le fallaba la respiración.

Pero hubiese jurado al mismo tiempo una cosa muy extraña.

Hubiese jurado que en sus labios había... ¡burla!

—Estás borracho, Mark —susurró—. No tienes ni idea. Has visto un camino y has seguido por él, pero ese camino no lleva a ninguna parte. ¡Estás loco! ¡Loco!

Había tratado de levantarse. Le empujé la frente con el cañón y le hice sentar bruscamente otra vez.

—Dime —mascullé—. ¿Tenían dinero esas mujeres? ¿Lo tenían?

—No. Ninguna de nosotras tenía dinero —dijo entonces una voz a mi espalda.

Y yo volví la cabeza a medias.

Mis ojos se salieron entonces de las órbitas.

Mis rodillas estuvieron a punto de fallar.

Porque las puertas del infierno se abrieron ante mí.

Porque las vi a las tres.

Margit.

Sigrid.

Moirá.

Las tres avanzando hacia mí.

¡LAS TRES MUERTAS!...

CAPÍTULO XIII

No me di cuenta de lo que pasaba. Cuando el *deputy*, de un manotazo, aprovechando mi desorientación, me quitó la «Baretta», yo ni me enteré. Sólo tenía ojos para ellas, para sus caras, para sus miradas profundas, para los cuchillos que empuñaban en sus manos abyectas...

Porque era cierto que venían hacia mí.

Surgidas del fondo de la tumba.

Como enviadas del infierno.

—Todo lo que has dicho es verdad —susurró Margit—. La muerte de Mulder cuando ya no lo necesitábamos, la táctica del *deputy*, que es nuestro socio, para matarte, las orgías con hombres representativos de la ciudad... El camino que has seguido es correcto, Mark, pero no llega adonde tú pensabas. No lleva a la verdad. Porque la verdad es que ninguna de nosotras sufrió jamás cáncer, aunque Mulder lo dijera así para justificar nuestra muerte y algunas de nuestras actividades mientras la muerte llegaba. Porque la verdad es también que estamos oficialmente muertas, pero las cenizas que hay bajo las lápidas nada tienen que ver con nosotras tres, ocultas y tranquilas en esta casa. Mulder se encargó del cambio cuando hizo falta, porque así jamás se nos buscaría ni se nos acusaría de nada. ¿Pero es que no te has dado cuenta, Mark? El hecho de que se repitiera tantas veces el Union Bank... ¿no te lo ha hecho pensar?

Tuve un estremecimiento.

Y, de pronto, la luz maldita se encendió en mi cerebro.

Y comprendí la combinación diabólica.

¡LO ENTENDÍ!

Las juergas con directivos del Union Bank exclusivamente.

Para que dijeran la cantidad enorme que estaba guardada allí con destino a la central nuclear y para que soltasen algo acerca de

los sistemas de seguridad del establecimiento. Ante unas mujeres que iban a morir, ¿qué importaba un detalle más?

Seguí pensando.

Margit, la hija de un ex «manitas de plata».

Por lo tanto una chica capaz de abrir cualquier caja fuerte, si le daban tiempo. Y las otras dos debían tener habilidades parecidas.

Un trío perfecto.

Habían sido un quinteto, pero Mulder ya no fue útil a partir de cierto momento. Y como además se ahorran dinero matándolo, lo mataron. Al *deputy* sí que lo necesitaban, porque el *deputy* era la garantía de su seguridad.

El robo más perfecto de la historia.

Cometido por... ¡TRES MUERTAS!

De pronto un sudor helado invadió mis sienes.

Comprendí lo que iba a pasar.

¡Comprendí que mi destino estaba sellado! ¡Que yo era el último hombre del mundo al que dejarían vivo! ¡Comprendí que aquello era el fin!

Salté como un loco hacia la puerta que tenía más cerca. La abrí. Rodé por tierra. Tenía que hacer algo... algo... algo... ¡ALGO!

Cerré la puerta.

Con ansia.

Con fiebre.

Con la sensación de la muerte llenándome la boca.

Y aquí estoy ahora.

Escribiendo febrilmente en este cuaderno mis últimas palabras.

La habitación no tiene ventana. No lo sabía cuando entré. Estoy acorralado, y ellas lo saben. Oigo sus risas satánicas mientras escribo, mientras me doy cuenta de que la sangre se va helando en mis venas, mientras noto que fuerzan la puerta y ésta cede, mientras las veo avanzar con sus cuchillos, mientras sé que vienen hacia mí... hacia mí... Y la primera Margit... Margit... MAR... GIT...

EPÍLOGO

Carta del profesor Donald a sus superiores del Instituto Federal de Investigaciones Nucleares.

Mis queridos amigos y jefes: La presente carta sólo tiene por objeto decirles que me veo obligado a abandonar la ciudad de Torrence. Mi estancia aquí no tiene objeto, y además me siento triste. Quizá sea absurdo, pero ha aparecido el cadáver horriblemente apuñalado de un detective privado llamado Mark con el que hice una rápida amistad, y eso hace que Torrence me parezca una ciudad insoportable. Por otro lado, como les digo antes, mi estancia aquí no tiene objeto: los lingotes que adquirieron carga radiactiva accidentalmente y que podían matar, provocando leucemia y cáncer, a poco de entrar en contacto con ellos, han sido misteriosamente robados del Union Bank. No se sabe nada de los culpables, y en la ciudad no se habla de otra cosa. El deputy está desesperado, pero dice que no tiene ninguna pista.

Yo prefiero irme, porque sé que de otro modo me costaría mucho guardar el secreto. Ustedes me enviaron aquí para que me cerciorara de que esos lingotes no salían de la caja fuerte del Banco y que no se producía radiactividad exterior. En efecto, no se produjo, aunque los efectos del contacto directo con los lingotes han de ser terribles a plazo medio. Compadezco a los ladrones y ojalá pudiera avisarles, pero nadie sabe quiénes son. Tampoco pueden ustedes avisar por medio de la televisión o los periódicos, ya que se produciría una terrible situación de pánico nacional. De la misma forma, yo tenía que guardar secreta mi labor para que ese pánico no se produjera.

Lo siento, pero ya nada más tengo que hacer aquí.

Esta mañana he asistido al triste entierro del que pudo ser mi amigo Mark.

Le han sepultado junto a tres mujeres a las que, por lo visto, conocía.

El deputy estaba muy triste. Hasta me ha parecido que derramaba alguna lágrima.

Lo siento por él.

En el fondo, supongo que es un buen hombre.

Y firmaba: DONALD.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

